

# REVISTA EUROPEA.

NÚM. 224

9 DE JUNIO DE 1878.

AÑO V.

## LAS SUPERSTICIONES Y TRADICIONES POPULARES

### DE LOS CHINOS. (1)

Se podría formar una biblioteca con los libros escritos desde hace setenta años sobre las supersticiones populares. Este estudio, desconocido en el siglo pasado, ha llegado á ocupar, al mismo tiempo que la etnografía y la filología, de las que es hermano, un lugar importante en la ciencia y la filosofía.

De algunos años á esta parte se ha abierto á nuestra curiosidad uno de los más grandes depósitos de supersticiones populares. La China, rigurosamente amurallada contra los hombres de Occidente, habia carecido siempre de intérpretes entre nosotros. Los viajeros no habian podido conocerla mas que por fuera; los misioneros la habian disfrazado; solo por las brechas del cañon han podido pasar los hombres de estudio. Aún no han podido explorar seriamente las regiones del interior, donde las costumbres y las ideas se han conservado evidentemente mejor que en las costas. Pero desde que las tradiciones nacionales les han hecho dueños de una parte de sus secretos, se han encontrado en un verdadero bosque de mitos del que se necesitarán probablemente algunos siglos para extraer la filosofía.

Los ingleses son los más ricos en colecciones de *folk-lore*. Esta palabra, inventada recientemente para expresar el conjunto de las creencias populares transmitidas de generacion en generacion, no tiene equivalente en nuestra lengua; su traduccion literal sería *doctrina de las gentes*. Era natural que los ingleses, viajeros, observadores y colonizadores por excelencia, reportasen de sus peregrinaciones la más amplia cosecha en este género. Por una coincidencia favorable al nuevo estudio, el Reino-Unido es, entre los tres pueblos que lo componen, muy rico tambien en

tradiciones y supersticiones populares. Posee, además, en sus dominios septentrionales, Shetlands, Orcades, etc., poblaciones impregnadas de la mitología escandinava. Los etnógrafos tenían, pues, sin salir de entre ellos mismos, puntos de comparacion entre las ideas cuyas huellas descubrian en las demás familias de pueblos y las que se han conservado en la familia ariana. El reverendo John Doolittle ha sido el primero en aprovechar esta ventaja, en lo que concierne á la China. El primero que lo ha hecho de una manera extensa y con la conciencia de los resultados; porque Marco Polo, en el siglo XIII, y Halde, al principio del siglo último, habian hecho ya curiosas observaciones. Halde habia notado que los taoseistas adoraban el signo místico del *Swastika*, cuya figura es con bastante exactitud la de una cruz. Del mismo modo habia dado á conocer muchos hechos de supersticion interesantes.

Pero estos no eran más que fugitivos resplandores en los que no se podia ver una luz. Los estudios del reverendo Doolittle, publicados en 1867, han venido á revelar la existencia de una fuente fecunda de materiales para la etnografía. El año siguiente, el reverendo Eidel, doctor en filosofía y sábio filólogo, dió sus *Notes and Queries ou China and Japon*, á las que su gran reputacion de ciencia presta un gran valor. M. Mayers ha referido el culto del Dios de la literatura en China; M. Watters, las opiniones de los chinos respecto á ciertos animales; M. Kingmill, el origen místico de la dinastía de Chow; y M. Stent una multitud de leyendas que son otros tantos capítulos apropiados para las colecciones de *folk-lore*. Pero todos estos trabajos eran fragmentarios; no descubrían más que una punta del velo que oculta á la misteriosa China. M. Dennys, muy sábio en la lengua china y autor de una gramática del dialecto de Canton, viene á rasgar ese velo. A cuanto han escrito sus antecesores añade él todo lo que ha aprendido durante una prolongada residencia en el país, y en relaciones íntimas con la poblacion. M. Dennys tiene "amigos chinos," lo cual no

(1) *The Folk-Lore of China*, por Dennys. Un vol. en 8.º Hong-Kong.

es cosa fácil para un europeo. Tiene el talento de ganar su confianza y de hacerles comunicar su pensamiento. Así su libro, en el que se funden todas las obras precedentes sobre la materia, es como recopilación y como resumen de datos originales el más completo que existe sobre el interesante asunto de las supersticiones de la China consideradas en sus relaciones con las supersticiones corrientes ó extinguidas de las razas arianas y semíticas.

M. Dennys ha dividido su obra casi como si hubiera podido hacer una enciclopedia de las supersticiones: capítulo I, ideas populares referentes al nacimiento, al matrimonio y á la muerte; capítulo II, de los buenos y los malos dias; capítulo III, de los encantos, los amuletos y las predicciones. Los demás capítulos se consagran á las apariciones, los fantasmas, la brujería, las hadas, los animales fabulosos, etc., etc.

Nosotros cambiaremos este orden y haremos de tan numerosos materiales cuatro partes solamente: primera, ideas metafísicas fundadas sobre el conocimiento más ó ménos vago de los fenómenos físicos y de las leyes morales; segunda, ideas relativas á las tradiciones históricas y políticas del país; tercera, ideas puramente fantásticas, nacidas del sentido artístico; cuarta, y esta es la que especialmente nos interesa, ideas supersticiosas cuyas huellas se encuentran en los pueblos de Occidente.

### I

En materia de supersticiones, tenemos nosotros un número casi tan grande como los pueblos orientales. La Francia es el país en que más se han olvidado: pero en España, en Italia, en Portugal, en las orillas del Báltico, en las poblaciones escandinavas y eslavas, reina toda una mitología que es la poesía de los ignorantes. Solo que el pobre pueblo que repite las leyendas y que practica las supersticiones, las repite como fórmulas huecas y las practica maquinalmente. En general, la fe, la verdadera creencia no entra en ellas para nada. En Francia no se ven ya más que tres ó cuatro ideas supersticiosas que ejerzan todavía influencia en los ánimos: el número trece, el viernes, etc.; las demás son recuerdos privados de vida, de los que los mismos que los traen á la memoria son los primeros que se rien. Afortunadamente para el honor del espíritu

humano y de la civilización, sólo tienen un valor de fantasía.

En China, si los viajeros han comprendido y juzgado bien, sucede de otra manera muy distinta. Allí todo el mundo practica las supersticiones, desde el Emperador hasta el último; y si los mandarines letrados se inclinan secretamente al escepticismo, se guardan de dejarlo ver. El pueblo, en todo caso, es de una credulidad ejemplar. La religion y las supersticiones se ligan en China de un modo estrecho, y en lugar de hacerse como en otras partes una guerra de concurrencia, se sostienen mutuamente. M. de Hübnér en su *Paseo al rededor del mundo*, ha pintado perfectamente el estado del espíritu del pueblo chino. Vive, dice, con los poderes sobrenaturales, en la mejor armonía del mundo. Los fantasmas y los génius componen su sociedad ordinaria. Cree oír á uno entrar por la chimenea, ver á otro salir por la ventana, sentir á un tercero cojerle por el cuello, y todo esto lo encuentra completamente sencillo. Es el sobrenaturalista más determinado que se conoce. Para él, los espíritus pueblan el espacio, no en el sentido espiritual y simbólico en que lo dijo San Pablo, sino en el sentido positivo y real.

Tomando esta forma la creencia en lo sobrenatural, sirve necesariamente de asiento á todas las supersticiones. Como no hay una casa en China que sus habitantes no crean frecuentada por legiones de génius, se hace en todas las familias un espantoso consumo de amuletos, hechizos, exorcismos y encantamientos. Estas creencias son sinceras y religiosas. Todo verdadero chino está persuadido de que se ven ó que se pueden ver las almas al subir al cielo y flotar en los aires. La circular de la córte, enviada á los agentes diplomáticos para notificarles la muerte del último emperador, decia que "su espíritu se había elevado sobre las alas de un dragón", fórmula elegante que el pueblo y aún las clases altas tomaron completamente en serio. El lenguaje simbólico de los sacerdotes, la presencia fantástica de los hechiceros y la retórica de los mandarines han creado en las cabezas chinas un caos de visiones.

Así pues, cuando se relacionan las supersticiones del extremo Oriente á las de Europa, conviene no olvidar que las primeras son vivas y las segundas letra muerta. Aunque entre nosotros hayan tenido cierta fuerza en la Edad Me-

dia, solo muy escepcionalmente se han relacionado con la religion. En China, por el contrario, son la religion misma; constituyen el fondo de la inteligencia del pueblo; sirven de sostén á las costumbres y á la moral. De aquí procede que la civilizacion china, edificada toda sobre mentira, esté tan esencial y tan irremediabilmente atacada de muerte.

## II

Entre las supersticiones de la China fundadas sobre un conocimiento vago de los fenómenos naturales, figura la creencia en el *Feng-shui*, respecto á la cual ha escrito un importante folleto el doctor Eitel. ¿Qué es el *Feng-shui*? El doctor Eitel responde en estos términos: «La palabra *Feng-shui*, que significa viento y agua, nos parece expresar el esfuerzo que hace á tientas el espíritu procurando formarse un sistema de ciencias naturales, esfuerzo que, á falta de toda observacion exacta y contrariado por el respeto de las tradiciones, no puede tener éxito.» M. Dennys, que no interpreta los hechos, sino que se limita á exponerlos, define de este modo el *Feng-shui*: un sistema de geomancia que sirve para determinar la buena ó mala suerte reservada á las localidades elegidas para edificar, plantar ó sembrar, enterrar los muertos, etc. Así, por ejemplo, se produjo una grande agitacion hace algunos años en la ciudad de Hang-chow. Habian muerto muchas personas en cierto barrio, y se quiso saber por qué la epidemia estaba localizada.

Pero en vez de consultar á los higienistas se acudió á los geomancios. Estos mostraron los edificios de las misiones americanas situadas en una eminencia, y declararon que allí estaba lo que impedia al buen génio *Feng-shui* ejercer su influencia sobre la ciudad. Si se hubieran atrevido, hubiesen ido en seguida á prender fuego á las habitaciones de los misioneros, en honor del *Feng-shui*. Pero como poco tiempo ántes habian recibido una leccion de las potencias occidentales, se limitaron á ir á ver al cónsul de los Estados-Unidos, en Nigpo, y á ofrecerle la indemnizacion que él quisiera fijar por desalojar á sus nacionales. El hecho no tenia, sin embargo, nada de extraordinario: en un país mal sano como la China, en donde la atmósfera está constantemente cargada, por consecuencia del

desbordamiento de los rios, de miasmas pestilenciales, el menor obstáculo puesto á la circulacion del aire puede producir epidemias. Lo extraño es que no se les ocurra á las poblaciones una idea tan sencilla, que para todo chino, como para los habitantes de Hang-chow, el *Feng-shui* sea siempre un génio bienhechor y misterioso, cuyos caprichos es preciso consultar y respetar.

Otra supersticion que ha tenido igualmente su origen en un fenómeno natural es la que consiste en atribuir una virtud curativa á la sangre humana. Hace dos años, dice M. Dennys, es decir, en 1874, se repartió cierto número de leprosos por los barrios de Whampoa, atacando y matando á los hombres sanos que á su paso encontraban, para beber su sangre y comerse sus entrañas en la esperanza de curarse. Los chinos, generalmente, se comen el corazon de los que van al suplicio, y beben su sangre. El doctor Rennie declara, y M. Dennys confirma el hecho con su testimonio personal, que despues de una ejecucion es costumbre en Pekin empapar en la sangre bolas de materias esponjosas que se venden luego como remedios contra la tisis. A la carne humana se atribuyen las mismas propiedades. El coronel Yule, en su bella obra sobre Marco Polo, asegura que los verdugos chinos se hacen caníbales en interés de su salud. Como no todo el mundo tiene la suerte de hallar carne humana fresca á su disposicion, los niños que se distinguen por su alta piedad filial se cortan á sí mismos algun pedazo de carne para curar á sus padres gravemente enfermos.

El *Correo de Shanghai* del mes de Noviembre de 1875 referia á sus lectores el siguiente hecho:

«Hay actualmente en Soochow dos jóvenes que se pueden citar como modelos de hijos. Tenian á su madre enferma de peligro; eran pobres, y el mayor de los dos hermanos fué á implorar la asistencia de un célebre doctor. Como no podian pagarle á buen precio, el grande hombre no quiso molestarse. En vano el pobre chico se arrodilló á sus piés; en vano se dió de cabezadas contra el suelo hasta hacerse varias heridas. Volvió á su casa y contó á su hermano el mal resultado de su gestion. ¿Qué hacer? La pobre mujer se hallaba moribunda. Se les ocurrió una idea: se cortaron un trozo de carne del brazo izquierdo, lo hicieron cocer en agua y dieron á su madre el caldo. Como se curó, ellos

quedaron convencidos de que su sacrificio la había salvado."

Este ejemplo no es el único. Durante el reinado del joven emperador que ha subido al trono bajo la tutela de sus dos madres, la piedad filial se ha puesto de moda, y si no es la piedad filial, es al menos el cuidado de honrarla. La *Gaceta de Pekin* relata todos los hechos de este género, y los gobernadores de provincia presentan Memorias pidiendo al soberano que los recompense.

¿No se puede, sin ir á buscar en la historia la explicacion de estas supersticiones, atribuir las como el culto del *Teng-shui* á "un tanteo de la inteligencia que aspira á descubrir las relaciones entre los fenómenos de la naturaleza"? Nuestros médicos de Europa, ¿no recomiendan la sangre caliente de los animales y su carne cruda, en la mayor parte de las enfermedades consumitivas? Cuanto más elevado es el animal en la gerarquía de los seres, más sustancias apropiadas á nuestras necesidades contienen su carne y su sangre. El chino que bebe la sangre del ejecutado, el padre que come un trozo de la carne de su hijo, no hace más que aplicar este principio. El leproso que mata para chupar una sangre pura, no vá completamente descaminado. Solo que en esto, como en otras cosas, no teniendo los chinos el sentido de su creencia, la han exajerado desviándola de su objeto y convirtiéndola en una odiosa y repugnante superstición.

El doctor Eidel refiere escenas de espiritismo, de sonambulismo y de mesmerismo que harían honor á nuestros más hábiles charlatanes. En ellas figuran las evocaciones de los muertos, las plumas que escriben solas, las apariciones de espíritus bajo la forma de llamas azules, todo, en fin, lo que la impostura puede sustituir al conocimiento exacto de los fenómenos naturales del magnetismo y de la electricidad. Leyendo los relatos del doctor Eidel, se creería uno entre nosotros en el siglo XIX.

La quiromancia es todavía una superstición nacida de la observación incompleta de la naturaleza. En China se practica mucho. Un Manual de esta ciencia, en lengua indígena, dice que hay en la palma de la mano la *línea de la longevidad*, la *línea de la fortuna*, etc. etc. "Se puede ver, dice, en la mano de un hombre, si será rico, si será feliz, si tendrá hijos, si estos hijos vivirán, si se casará varias veces." Esta es pre-

cisamente la pretension expresada frase por frase por nuestras diosas de la buena ventura. Y, en efecto, la forma, el movimiento, el grado de agilidad de la mano, tienen relaciones tan directas con nuestras disposiciones físicas y morales, que no es imposible para un observador atento hacer de ellos algunas deducciones.

En lo que se refiere al arte nacional algunas veces han querido ver los recuerdos de una fauna y de una flora desaparecidas: es más probable que el arte chino es la expresión del caos producido en las imaginaciones por la observación imperfecta de la naturaleza. Observar bien y ver bien es en todas las materias el punto de partida del progreso. Los chinos, que viven únicamente en las ideas abstractas y metafísicas, que cierran la puerta de su inteligencia á cuanto procede de fuera, como cierran la entrada de su país á la influencia extranjera, deben tener un arte estacionario y pueril. Además, el ideal religioso y el ideal artístico se unen siempre. Como la religión se compone de creencias en los gé-nios, en los dragones, en las serpientes legendarias; como estos seres han constituido siempre una parte importante de la mitología antigua, el arte reproduce formas de animales fabulosos. Y como todo lo que obtiene la consagración del tiempo es venerable, "desde el modelo de una ponchera de porcelana hasta la Constitución del Estado," la imaginación artística del pueblo gira eternamente en un círculo fantástico de creaciones monstruosas.

### III

De todas las ideas y supersticiones populares de la China, coleccionadas por M. Dennys, las más interesantes son, sin duda, las que han tenido, ó tienen todavía, sus analogías en Europa. Tal es, por ejemplo, la costumbre de agujerear el techo de la habitación en que muere alguno á fin de dar paso á su alma: en Escocia se abre la ventana con el mismo objeto. La mala suerte que implica para un chino el encuentro de un sacerdote budista ó de una mujer en la calle, al salir de su casa por la mañana el primer día del año, equivale á la superstición francesa é inglesa de *la premiere rencontre*, ó *fi sot foot* en igual día. El autor refiere que una de sus nietecitas, que vive con él en Hong-Kong, mecia en cierta ocasión la cuna vacía de uno de

sus hermanos: la nodriza, mujer del país, se arrojó á ella, espantada, gritándole: "¡Desgraciada, no hagais eso, que vais á hacer morir al niño!" Y como éste, que se hallaba enfermo, murió, en efecto; la nodriza y toda la vecindad quedaron convencidas de que aquella desgracia se debía á la imprudencia de la niña. Además, Henderson, en su *Tratado de folk-lore de los condados del Norte de Inglaterra*, ha consignado la cuarteta siguiente:

"¡Oh! rock not the cradle when the baby is not in,  
For this by old women is counted á cin;  
Its á crime so inhuman, it may no be forgi'en,  
And they that would do it ha'e lost sight of heaven."

"¡Oh! una cuna vacía no se mece!

¡Nuestras madres nos dicen que es pecado!

El que cometa acción tan inhumana,

La esperanza del cielo habrá perdido."

Las ceremonias observadas por las mujeres del pueblo en el nacimiento de los niños ofrecen analogías más curiosas aún con las que se usan en otros países. En Fuhkien se pone encima de la cuna un paquete de papel encarnado, atado con un cordón del mismo color, conteniendo juncos, grano, dos huesos de chuletas, ajo, cebolla, un poco de carbon, pelos de perro y pelos de gato. En las provincias del Sur, dice el autor de la *Vida social en China*, se cuelga en la cama unos pantalones del padre del niño, á los cuales se ata un pedazo de papel encarnado (el encarnado es el color propiciatorio) con unas palabras escritas, cuyo sentido es el de que pasen ó se trasieran á dichos pantalones todas las malas influencias que pudieran acometer al niño. ¡Cosa singular! Esta costumbre existe, con corta diferencia, en Alemania y en Escocia. En el primero de estos países, las aldeanas colocan en la cuna del recién nacido un paquete de ofioglosis, mejorana azul, granos de comino negro, con la manga derecha de una camisa del padre y una media que haya llevado en la pierna izquierda. En Escocia, dice Henderson, cualquier objeto perteneciente al guarda-ropa paterno se considera como una salvaguardia para el niño.

La creencia en los espíritus guardianes de los cementerios, creencia muy extendida y arraigada en China, es esencialmente gaélica. "¡Sabéis por qué un chino, dice M. Dennys, se halla muy poco dispuesto á salvar á un hombre que se esté ahogando ó próximo á perecer de alguna otra manera? Pues hé aquí la razón. Todo ce-

menterio tiene un espíritu encargado de hacer centinela é impedir las profanaciones; este espíritu es el del hombre últimamente enterrado. Cuando se deposita otro cuerpo en el cementerio, aquél queda relevado de su servicio. Semejante guardia no se tiene por agradable, y la persona que, por un sentimiento de humanidad mal entendido, evita una muerte, condena al espíritu del último muerto á seguir por más tiempo dando guardia, de lo cual no deja de vengarse.

Una escena referida en el *Correo de Inverness*, en 1875, prueba que la misma creencia existe en dicho condado. Decía el corresponsal del periódico:

"No hace mucho tiempo pasaba embarcado por delante de la encantadora isleta de San-Mungo, que se halla situada en medio del lago Leven y que desde hace siglos sirve de lugar de sepultura á los habitantes de Glencoe. Al mismo tiempo que remaba, conversaba en lengua céltica con mi batelero:

—¡Asististeis al magnífico entierro del otro día, caballero?—me preguntó él.

—Sí, le dije.

—¡Ah! John era un hombre excelente, rico y de buenas costumbres.

—Indudablemente,—repliqué,—era un buen montañés.

—¡Habeis visto á Donald?—prosiguió el batelero;—no vivirá mucho tiempo.

—Sí, está muy malo y temo que muera pronto.

—Tanto mejor para John; de ese modo durará poco su guardia.

—No os comprendo: estando John muerto y enterrado, ¿qué guardia tiene ya que hacer?

—¡Cómo, caballero, ignorais que el espíritu del último muerto debe vigilar las tumbas hasta que otro muerto vaya á reemplazarle?

—No lo sabía,—repuse;—pero, ¿todo el mundo cree aquí eso?

—Siempre se ha dicho, caballero, y no se puede hacer otra cosa que creerlo.

—¿Se sabe á punto fijo cuáles son esas funciones de que hablais?

—No; únicamente se sabe que el espíritu está encargado de guardar la isla de los muertos hasta que llegue su sucesor."

Segun el mismo periódico, no es sólo en el valle de Glencoe donde existe esta superstición;

la hay también en muchos condados de Escocia.

En Inglaterra, en Irlanda, en Escocia, en Alemania, en los Estados escandinavos, y aún entre nosotros, se hallan á cada paso costumbres chinas. En China se le echa por la cabeza á la novia, el día de sus bodas, un plato de arroz, símbolo de abundancia; y en las aldeas de los condados Norte de Inglaterra, dice Henderson, se arroja al aire una bandeja de pasteles, cuya significación es la misma (1). En las ceremonias del casamiento se tiene el yugo estendido sobre la cabeza; otro tanto se hace entre nosotros. Se considera como un presagio funesto la extinción de las velas encendidas en tales ocasiones; las Memorias del reinado de Luis XV señalan un accidente igual ocurrido mientras se celebraba a misa de la bendición nupcial de María Antonieta. En China se levanta en peso á la novia cuando entra en la casa de su esposo, á fin de que sus piés no toquen al suelo; lo mismo se hace en ciertos puntos de Inglaterra, y lo mismo se hacía también entre los romanos.

Nuestras supersticiones relativas á los buenos y malos días, se encuentran exactamente entre los chinos. Sólo que entre ellos son más generales que entre nosotros. En cada familia se posee un calendario en el que se hacen indicaciones en tal sentido con tanta seriedad como en nuestros Almanagues se marcan las fases de la luna. Los días 1.º, 13 y 25 del mes son días muy afortunados, el 6, el 7, el 18, el 19 y el 30, son, por el contrario, de mucha desgracia; y el 9, el 10, el 21 y el 22 son indiferentes, etc., etc. Además hay días buenos para ciertas cosas y malos para otras. Los hay favorables á las visitas, para la caza, para pasear los niños, y para sacar á tomar el aire por primera vez á los recién nacidos. ¿No nos recuerda todo esto las supersticiones romanas, según las cuales presidía un dios ó una diosa cada uno de los actos de la vida? ¿No tiene todo ello una estrecha relación con la costumbre de los aldeanos ingleses de no cortar las uñas á los niños sino en determinados días, y con la marcada repugnancia que tienen los nuestros á mudarse de camisa en viernes?

Si entráramos en el capítulo de los sueños,

(1) Esta costumbre se extiende á Sicilia, y se sabe que existía entre los hebreos, con la única diferencia de que allí era trigo lo que se echaba por encima de la cabeza de la novia.

sería cosa de no acabar nunca. Entre los chinos, como entre los romanos y como entre nosotros, hay tratados completos de adivinación por medio de los sueños. Esta superstición, que es común al mundo entero, ha salido naturalmente del espíritu humano. Pero hay tradiciones relativas á las campanas, que nos parecen tener más significación. Las dos campanas mayores del imperio—las de Canton y de Pekin—son consideradas como poseedoras de una virtud milagrosa. Una monografía indígena de la ciudad de Canton refiere que la gran *Kin Chung* fué fundida hace cuatrocientos años, bajo el reinado del emperador Hung-Wu; pero que con motivo de una profecía anunciando que lloverían calamidades sobre la ciudad siempre que sonase, se le quitó el badajo para reducirla al silencio. Un día, sin embargo, hubo un temerario que osó hacerla resonar, y murieron en seguida más de mil niños de ambos sexos: se había desencadenado un espíritu. Desde entonces, los niños en Canton llevan campanillas atadas á la cintura para conjurar su mala influencia. Los ingleses, que conocían esta superstición local, supieron aprovecharse de ella en 1857: cuando empezaron el bombardeo de Canton, sus primeros tiros fueron dirigidos á la torre; la campana, golpeada en su borde inferior por una bala, repicó, y en el acto habitantes y guarnición perdieron toda esperanza de resistencia.

La campana gorda de Pekin está habitada por el génio de la lluvia. Si una persona que no esté autorizada la hace sonar, torrentes de agua inundan la tierra. M. Dennys refiere un incidente que á él mismo le ocurrió. Visitaba con unos amigos el templo que encierra el mayor modelo de campanas colgadas que existe en el mundo, cuando á uno de ellos le asaltó el deseo de oír su sonido. Los sacerdotes se negaron en absoluto á hacerla notar; pero una gratificación les decidió. En el momento mismo estalló una tormenta ruda, y empezó á caer el agua en abundancia.—«¡Ya os lo habíamos dicho!»—exclamaron á una voz los chinos.

Mas, ¿quién no conoce todas las supersticiones que se relacionan en Europa con el sonido de las campanas? En Londres, el pueblo está convencido de que si la campana gorda de San Pablo suena de improviso, presagia graves desdichas en la familia real: en Francia, los aldeanos pretenden que cuando alguno oye á las campanas *sonar*

*solas*, su fin está próximo. En cuanto á las campanillas que todos los jóvenes chinos llevan consigo á guisa de amuletos, es curioso observar que en el tiempo de Plino se daban á los niños campanillas montadas sobre un cabo de coral, como preservativo contra la fascinación, y considerándolas con la propiedad de afirmar los dientes. Para este segundo objeto las hemos conservado, sin que á él se ligue ninguna idea supersticiosa. Cosa mucho más notable: el *ephod*, cinturón del gran sacerdote de los hebreos, estaba guarnecido de sesenta campanillas, porque desde tiempo inmemorial se ha atribuido á las campanas el poder de ayudar á los hombres en sus combates contra los espíritus de las tinieblas.

## IV

El libro de M. Dennys, que resume cuanto ha llegado á conocer respecto á las supersticiones de los chinos por la experiencia de los demás y la suya propia, es una fuente riquísima de datos: en este concepto, ocupará el primer lugar entre las veinte obras que ha consultado. En ella nos ofrece su autor hasta *encantos* escritos, cogidos por él en la cuna de los recién nacidos y trazados en caracteres chinos. Este lujo es inútil para la mayor parte de los lectores; pero su libro no se dirige únicamente al vulgo: está hecho también para ayudar á los eruditos y los sabios en sus investigaciones. Lo que tal vez se echa de menos en el autor es un poco de crítica, un poco más de su personalidad en su obra. M. Dennys parece haberse propuesto no interpretar nada, sino únicamente coleccionar materiales para los explicadores de leyendas y de mitos. Ha experimentado un poco la influencia de toda preocupación exclusiva: á fuerza de buscar hechos, de no ver más que hechos, el sentido de estos hechos se le escapa. Así es como cree descubrir en la costumbre común á los chinos y á los europeos de velar á los muertos, una práctica supersticiosa, cuando este uso es el producto espontáneo de los sentimientos tiernos del corazón humano. Así es como se cree hallar indicios de unidad de origen, ó á lo menos de vida social común entre los touranianos y los arianos, en lo que no hay más que efectos de la unidad de organización física é intelectual entre las diferentes razas que componen la humanidad. Dándose las mismas causas, necesariamen-

te se ha de ver producirse los mismos efectos; dadas las mismas condiciones sociales originarias, debe verse al organismo humano atravesar las mismas fases de desarrollo.

Esta observación se aplica á la similitud de los proverbios, así como á la de los usos y supersticiones: el espíritu humano dá por todas partes frutos de la misma naturaleza y concibe sucesivamente casi las mismas ideas. En China, como en cualquier punto, se encuentran naturalmente esas locuciones llenas de sentido y de sabiduría que tan acertadamente se conocen con el nombre de "el pensamiento de todo el mundo expresado por una sola voz." Un inglés, M. Lister, ha publicado en la *China Review* un extenso artículo sobre *Los proverbios y las máximas de los chinos*; en 1873, otro inglés, M. Scarborough, ha ofrecido una amplísima colección de *Proverbios de la China*: entre los dos ó tres mil proverbios que componen esta colección, M. Dennys ha encontrado más de ciento que responden, palabra por palabra, á los proverbios ingleses. Nosotros también encontramos algunos que podrían creerse traducidos de los nuestros, si su antigüedad entre los chinos no se remontara á época muy anterior á la de nuestras relaciones con ellos.

El parecido que se encuentra entre las fábulas y las alegorías de dos pueblos podrían tener más significación: hay tantos modos de expresar la misma idea en una fábula, que la coincidencia de los poetas en las parábolas completamente semejantes no podría considerarse siempre casual. Aquí falta el elemento de comparación, porque parece que los chinos apenas tienen fábulas originales, y que las que han copiado no gozan entre ellos de mucha estima. Mr. Dennys dá como razón de la impopularidad de este género de literatura, que la única colección de fábulas que existe en lengua china ha sido traducida del sanscrito, y que los verdaderos discípulos de Confucio menosprecian cuanto procede de los budistas. Además, la censura, que funciona admirablemente en China, es ocasionada á producir en esto sombra. Mr. Dennys refiere sobre el particular una anécdota auténtica y poco conocida:

En 1838, uno de sus compatriotas, M. Robert Thorn, tradujo al chino ochenta fábulas de Esopo, y las publicó en Canton. Su libro fue recibido de una manera muy lisonjera por el pú-

blico, y llegó hasta la corte; pero un día, los mandarines, es decir, los funcionarios públicos, se creyeron aludidos, se incomodaron y prohibieron la circulación de la obra, cuyos ejemplares fueron todos secuestrados y destruidos.

Es probable que esta sea una de las causas que han impedido la propagación entre los chinos de un género de literatura tan apropiado á un estado social poco adelantado, y que los extranjeros residentes allí, por más versados que estén, como M. Dennys, en los *folk-lore* de la China, hayan podido penetrar enteramente ese bosque de tradiciones orales, las más sábias de las cuales se ocultan tal vez por el temor siempre presente de ofender á la autoridad, y las más extravagantes, ó al menos aquellas de que han perdido los hombres el sentido real, se dan á luz con las excitaciones oficiales, la aprobación de ciertas gentes, y la eterna sanción de los «amigos de la religión y de las costumbres.»

L. QUESNEL.

## LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES.

### D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Procedamos con método. El señor Villoslada, aunque novelista vivo, no es un novelista contemporáneo. Pertenece al grupo de los románticos que pasó felizmente para no volver. El romanticismo dió muerte al clasicismo: el realismo filosófico acaba de matar al romanticismo. Este fué una gloriosa insurrección contra las formas aristocráticas y convencionales de la tradición literaria encauzada desde el renacimiento por el seguro pero estrecho alveo de la cultura clásica, un retorno á la verdad y á la belleza aprisionadas en inflexibles moldes, un himno entusiasta á la inspiración libre y sencilla de la Edad Media. En el romanticismo precisa distinguir dos momentos. Detiéndose en el primero los apasionados y devotos de la Edad Media, los que no sólo demandan á estos siglos naturalidad y sencillez para la forma, sino ideales, tangibles y completos para la vida, los que aman sus creencias y sus costumbres, oponiéndolas con decisión al amaneramiento y á la tibieza de nuestros tiempos. Fueron representantes más ó menos insignes de estas tendencias, en

Alemania los hermanos Schlegel, Tieck, Ruckert y Huland; en Inglaterra, Walter-Scott y Southey; en Francia Chateaubriand, Vigny y en España el duque de Rivas y Zorrilla.

Pero esta grandiosa revolución literaria encontró en otros muy notables ingenios una representación más amplia y humana. Las altas ideas morales y metafísicas expresadas con exageración, con violencia y con exceso, vinieron á engendrar otro gran movimiento que podemos denominar romanticismo filosófico, que ilustraron, en Alemania, principalmente Schiller, Herder y Heine, (1) en Inglaterra Byron, Wordsworth y Shelley, en Francia Hugo, Lamartine y Musset, y entre nosotros Espronceda.

No me cumple el ocuparme ahora en esta segunda fase del movimiento romántico, sino tan sólo decir escasas palabras sobre la primera, por ser aquella en la cual se fija y encierra el carácter del novelista que estudiamos.

Disgustados por la miseria y bajeza de nuestra época, atenta muy particularmente al desenvolvimiento y progreso de los intereses del cuerpo, desnuda casi por completo de fervor religioso, los primeros románticos, á cuyo frente debe colocarse al célebre Walter-Scott, creyeron ver en la época feudal un dechado para la nuestra. La audaz imaginación, estimulada por la distancia y el deseo, hizoles trocar la grosería en caballerosidad, la barbarie en nobleza y la sórdida ambición en altanera bravura, é iluminaron los ásperos contornos de aquella edad con los irisados colores de una luz ideal. Así nació la novela arqueológica; no como descripción más ó menos fiel de las costumbres y sentimientos de un período histórico, sino como fantástica resurrección de una edad de oro.

No gusto de exclusiones en literatura, ni fuera tampoco prudencia desechar un género en el cual ha conseguido su renombre el más insigne tal vez de los novelistas modernos; pero sí apuntaré que la novela histórica en su misma naturaleza lleva gérmenes de falsedad y de muerte. Veámoslos.

Para pintar las costumbres de una época histórica, no hay nada mejor, está averiguado, que haber vivido en ella. Todo intento de resucitar

(1) No hago mención de Goethe, porque el Júpiter de la poesía abrazó con su poderoso ingenio el romanticismo histórico, el filosófico y el realismo de nuestros días.

añejas costumbres tiene mucho de ideal y fantástico. Insensiblemente, sin que el artista lo perciba, y á despecho de todos sus escrúpulos y pruritos de veracidad, se introduce en la obra el acento moderno y se enseñorea de ella.

Y si esto podemos decir de las costumbres, ¿qué sucederá con los afectos y pasiones? Aquí es donde se penetra claramente la miseria de la traza y todo el artificio de que los novelistas arqueólogos se valen para deslumbrarnos momentáneamente. Cuando mencionan cualquier usanza antigua suelen poner debajo la autoridad en que se apoyan; mas yo no veo jamás ninguna prueba para sus anacronismos cuando se trata de ideas y sentimientos.

¡Cuántas veces al penetrar en una sala gótica hallé sentado al pie de la tosca chimenea, reposando el codo en uno de los brazos del sitial, la mano en la mejilla, al vecino del cuarto tercero, persona muy honrada, de continente grave y hasta cierto punto melancólico!

¡D. Facundo, usted por aquí! ¿Cómo es eso?

Qué quiere usted, amigo mio, fué empeño de Villoslada el ataviarme con este ridículo disfraz, aunque no estemos en Carnaval, y aquí me tiene usted escuchando que quiera, que nó, dejando para ello abandonada la oficina, á ese trovador errante y cargante.

Doy la vuelta para mirar al trovador y me veo con largas guedejas, muy adormecido y triston con el laud en la mano, á Pepito Paniagua, el novio de mi prima, estudiante de segundo año de farmacia, que pasa la vida en el portal de enfrente.

Digan ustedes ahora si no tengo motivos para dejar de creer en la autenticidad de tales guerreros y trovadores.

Pues por estas y otras razones más prolijas, considero que la novela arqueológica no es viable como género literario. Esta consideración tendría mucho mayor mérito si fuese escrita y publicada hace algunos años, lo reconozco, porque entónces hubiera sido una profecía, mientras que hoy aparece tan sólo como la explicación de un hecho. Porque es un hecho que ya no se cultiva la novela histórica ni dentro ni fuera de España.

Todas las personas de cierta categoría literaria están conformes en que las costumbres y los sentimientos que se pintan, han de ser las costumbres y los sentimientos contemporáneos. Cuando

queramos conocer (de un modo muy imperfecto, por supuesto) los de otra época, acudamos á las crónicas, á las Memorias auténticas, á la literatura de aquel tiempo, jamás á las novelas de los románticos.

Un género literario puede ser efímero, no obstante, mientras obtienen la inmortalidad aquellos que lo cultivan. Buena prueba de esto nos ofrece el ilustre Walter-Scott, rey y señor de la novela histórica. Su fama no se merma ni decae con los años; antes se levanta cada día con más brillo y esplendor. Porque es privilegio dichoso del arte el mudar constantemente de gustos y derroteros, dejando á salvo la gloria de sus intérpretes.

Walter-Scott tiene feudatarios en todas las comarcas de Europa. Le rindieron pleito-homenaje en su país, Horacio Smith, James, el más fecundo de los novelistas históricos, Grattan y Banim llamado el Walter-Scott irlandés; en Francia, Alfredo de Vigny, Victor-Hugo, Alfonso Royer, el bibliófilo Jacobo y Alejandro Dumas; en Italia, el incomparable Manzoni, Rosini, Guerrazzi, y el marqués de Azeglio.

En España recibieron de él el espaldarazo y fueron armados novelistas por su mano, Larra, Martínez de la Rosa, Espronceda, Escosura, Enrique Gil, García de Miranda, Fernandez y Gonzalez, Cánovas del Castillo y Villoslada.

No es por cierto este último, ó sea el que ahora nos ocupa, el ménos notable de los que hemos apuntado. Hablemos de él un momento, si ustedes gustan.

Se presenta desde luego como discípulo franco y declarado del ilustre *baronet* escocés, pero no deja de manifestar al propio tiempo una tendencia, aun más pronunciada que la de su maestro, hácia la arqueología. El Sr. Villoslada, considera de su deber el restituirnos las épocas históricas por entero, sin que falte ni sobre un cabello, y atento como un buen hidalgo al cumplimiento de sus deberes, dispone de tal suerte el enredo de la novela, que vá haciendo pasar por delante de nuestra vista en ordenada procesion todo lo más característico de aquellas remotas edades.

Primero una refriega en un bosque, despues un torneo, más tarde el tormento aplicado á un delincuente, la descripción del interior de un castillo, una conjuración de villanos, la entrada de un rey en una población, etc., etc. Todo esto

conspira, sin disputa, á que la novela tenga mayor mérito á los ojos de anticuarios y arqueólogos, pero disminuye no poco su belleza como obra de arte. Percíbese en demasía el artificio con que van sujetas entre sí las escenas y los cuadros.

Estos y aquellas, no obstante, tienen mucho vigor y entonación. En cuanto al color local, ustedes dirán. Yo, por mi parte, como no hesido ni pechero ni rico hombre en aquella edad,—lo último me vendría muy bien en esta, no lo duden ustedes.—jamás tuve ocasión de presenciar lo que en ellos se describe y no puedo, por lo mismo, entrar en comparaciones que, después de todo, siempre son odiosas.

Mas dejemos á un lado lo del color y vengamos á la fábula. El Sr. Villoslada es español y un buen español, sabe armar un lío de todos los diablos donde quiera que pone la mano. El enredo de sus novelas es complicadísimo, vivo é interesante. Verdad, que los términos entre los cuales se mueve la fábula de la novela histórica parecen obligados y de antiguo constituidos.

Una reina que se enamora de un villano, el cual resulta príncipe ó cosa por el estilo; un prisionero que por odiosas artes vive sepultado en una mazmorra largos años hasta que llega el día de su rehabilitación gloriosa; un matrimonio secreto; un relicario; un lunar en la espalda; un paje enterado de todo. El Sr. Villoslada maneja á la perfección tales palillos y mantiene en zozobra hasta el fin, la atención del lector.

Por otra parte, las pasiones, singularmente el amor, no son tan nebulosas y desvaidas como en los cuadros de su ilustre maestro. Penderá tal vez de que el Sr. Villoslada, aunque en la región más alta, nació en tierra de España, país donde al amor se le toma más por lo claro.

Los caracteres no están mal trazados, por punto general, aunque algunos los considero algo progresistas para su siglo. Vervi y gracia, en *Doña Urraca de Castilla*, una de las mejores novelas del autor, dice un noble á un villano:

—¡Maese Sisnando, merecias haber nacido noble!

—Conde de Lara,—contestó el villano; sois leal y agradecido; mereciais haber nacido hombre.

Esto me recuerda á un amigo de mi niñez.

Era un retirado que habia servido á las órdenes de Espartero. ¡Pobre hombre! Parece que lo estoy viendo, con su enorme nariz colorada, su boca cavernosa y su formidable caña de las Indias.

Por espacio de quince meses me describió todos los días la batalla de Ramales. Admiraba mis profundos conocimientos en Aritmética y estimaba en lo que valía mi carácter íntegro é independiente. Yo tenía nueve años entonces y juntos salíamos de paseo por un camino solitario hasta llegar á un sitio frondoso donde manaba una fuente. Allí me describía la batalla de Ramales, me decía lo mal que le trataba la huésped por una peseta diaria, que fielmente la pagaba, y cuando estaba de humor cantaba con solemne entonación.

Todo conde ó marqués nace hombre,  
El dictado le viene después, etc.

Yo también cantaba y se me saltaban las lágrimas. Entonces me decía que yo era un gran hombre, que sabia más que Lepe y que el dean de la catedral.

A pesar de mi ciencia confesaré que yo no sospechaba que tuviéramos un correligionario tan avisado como maese Sisnando en pleno siglo XII.

Esto no pudo menos de herir mi amor propio, pero ya le he perdonado la ofensa al Sr. Villoslada, y es lo cierto que hoy le tengo por un novelista de mérito y uno de nuestros escritores más correctos y elegantes.

Parece mentira que yo diga tales cosas de un ultramontano.

Cuéntenselo ustedes á Alarcon, que no lo vá á creer.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

## EL PUBLICISTA Y ESTADISTA JUSTO MÖSER.

¿Qué no pasa en este mundo? Sólo son inmortales los seres que han dejado huella profunda de su paso por la tierra, llámense Federico el Grande, ó Kant, Lessing ó Winckelmann, Franklin que robaba al cielo el relámpago y el cetro á los tiranos, ó *Justo Möser*, ese sábio jurisconsulto, estadista y publicista de la Alemania del siglo XVIII; ese maestro del pueblo, que personificaba los intereses y las instituciones de su pátria, y á quien nadie conocia mejor que Goethe, diciendo: "Seria preciso rubricar cuanto sucede en el mundo civil y moral si se quisiera agotar los objetos que él trata. Y su manera de tratarlos es admirable. Un cumplido conocedor de las cosas públicas habla al pueblo en semanarios para hacer comprender á cada cual lo que se propone ó lo que ejecuta un gobierno inteligente. Y no lo hace de un modo didáctico, sino en las formas más variadas que pudieran llamarse poéticas, y que ciertamente son retóricas en la mejor acepción. Siempre se hace superior á su objeto y sabe ofrecernos una vista serena hasta de lo más severo. Ora escondiéndose detrás de una máscara cualquiera, ora hablando en su propio nombre, está siempre alegre, siempre más ó menos irónico, siempre honrado y benévolo, y todo eso de un modo tan determinado, que han de admirarse á la vez el ingenio, la mente, la facilidad, la habilidad, el buen gusto y el carácter del escritor. En cuanto á la eleccion de objetos universalmente provechosos, á la inteligencia, á la contemplacion libre, á la profundidad y al buen humor tan sólido y alegre, no se le compararia sino á Franklin."

El Franklin aleman, el sábio originalísimo que merece ser conocido lo mismo que nuestros mejores poetas, el rey de los publicistas germanos de la segunda mitad del siglo XVIII, el representante más brillante y poderoso de la tan primitiva como venerable esencia westfálica en la esfera del periodismo, nació el 14 de Diciembre de 1720 en Osnabrück. Sangre westfálica circuló por sus venas, y los westfalos, que por sus reyes dan su sudor en la paz y su sangre en la guerra, son los aragoneses de Alemania, pudiendo decirse de ellos lo que la comparsa zaragozana cantaba delante de Alfonso XII en la plaza de Palacio para celebrar el enlace del Rey de España con su hermosa prima doña Mercedes de Orleans:

"Dicen las gentes á coro  
Que somos muy testarudos:  
Pero á honrados y leales  
No nos ganará ninguno."

La tierra aragonesa la poetizaron los amantes de Teruel y la westfálica Anita de Droste-Hülshoff. No sólo fué *Möser* el hijo de sus nobles hechos, sino que era tambien, empleando una palabra gráfica que sólo tienen los españoles, *hidalgo*, es decir, hijo de uno que algo significa. Por su severo padre, que desempeñaba el cargo de director de la chancillería, perteneció á una familia bien acomodada, y á su sensible madre la debió aquel buen humor que le acompañaba en todas las situaciones, mientras todo lo que fué lo debió á sus distinguidas prendas y circunstancias. Desde sus primeros años fué orador, y ya á la edad de doce, fundó, en union de algunos camaradas, una academia, siendo él el director de la *Gaceta* amena de aquella sociedad de jóvenes imberbes. Despues de haber cursado las leyes desde 1740 á 1742 en las Universidades de Jena y de Goettinga, establecióse cual abogado en su pátria, el obispado de Osnabrück, que fué gobernado alternativamente por un obispo católico y protestante, cuyo poder fué limitado por un cabildo, por una privilegiada orden de caballería y la corporacion de las ciudades. En 1747 el gobierno le confirió el cargo de *Advocatus patriæ*, es decir, su representacion cerca de las corporaciones. Y poco despues recibió una prueba de confianza que recuerda la edad de oro de la lealtad germana, nombrándole la orden de caballería representante de sus intereses cerca del mismo gobierno, á cuyo servicio estaba el que demostraba por su tacto prodigioso, por su honradez y abnegacion que, evitando todas las colisiones de intereses diferentes, puede uno servir á la vez hasta á dos señores y á dos causas. Despues de la muerte del obispo de Osnabrück, Clemente Augusto de Baviera, acaecida en 1761, pasó el gobierno á manos de *Möser*, que en 1763 aprovechó una estancia de ocho meses en Inglaterra para conocer las creaciones políticas y artísticas, no desdeñando bajar á las tabernas subterráneas en busca de tipos originales. Y en aquella tierra de figuras populares excitó él mismo la admiracion del pueblo por su alta estatura y su innata grandeza, exclamando las fruterías de Covent-Garden, al ver pasar al gigante germano: "¡Dios bendiga al gran caballero!"

Vuelto á Osnabrück, continuó siendo el alma del Gobierno, cual *referendario particular* del obispo, todavia niño, el príncipe Federico. Una parte de su anchurosa morada estaba siempre á la disposicion de sus amigos, que leian con satisfaccion aquellas palabras grabadas en una lápida por encima de la puerta de la casa: "*Pusilla domus, at quantulacum que est, amicis dies noctesque patet.*" Esta inscripcion, debida al primitivo dueño de la casa, estaba en justa correspondencia á la ma-

nera cordial y afectuosa como *Möser* recibió á sus huéspedes. El que fué el genio tutelar de su patria, el venerable patriarca de Osnabrück, murió en su ciudad natal en 8 de Enero de 1794. Su muerte fué universalmente sentida; el templo que corona la cumbre del monte vecino de Ratisbona (la *Walhalla*) acogió su busto, y sus paisanos agradecidos renovaron su memoria en 1832, erigiendo en su honor un bellissimo monumento de bronce, obra del Sr. Drake. Podríamos grabar en su lápida sepulcral las palabras "*Germanus erat et nihil Germanici a se alienum putabat.*"

El tiempo barrerá al abismo sin fondo del olvidado á los que no se elevan sobre el nivel general, pero guardará el respeto debido á las dos obras magistrales de *Möser*, su *Historia de Osnabrück* y sus *Fantasías patrióticas*.

Aunque la primera de estas obras es más un fragmento y un estudio genial que una representación completa, servirá siempre de modelo para quien quiera escribir la historia especial. Con la misma alegría entusiasta, con la misma piedad entrañable con que Winckelmann contemplaba cada trozo de mármol antiguo sacado de las ruinas de Roma, cual revelación del ideal de belleza de siglos más felices, saludó el estadista *Möser* los venerables restos de la vida jurídica viejo-sajona, y dió con sus trabajos un impulso poderoso á los estudios patrios del siglo actual. "La historia, dice *Möser*, necesita de un Winckelmann que estudie las antigüedades de la lengua, así como aquél estudiaba las de mármol." Y sabido es que ese Winckelmann de la lengua se presentó para Alemania en los hermanos Grimm.

Llama la atención también lo que dijo *Möser* en una epístola dirigida en 1762 á Rousseau, hablando, no como teólogo, sino cual estadista práctico: "La religion es la política de Dios entre los hombres. Es necesario hacer algunos artículos de fe que consuelen al infeliz, contengan al feliz, humillen al altivo y enfrenen á los reyes. Esos fines se los habrá propuesto Dios con la religion. No se diga: "Entonces la religion no es sino una música encantadora, un freno para el pueblo." Á los ojos de Dios somos todos pueblo, y vale más que Dios nos ponga el freno en el alma que en la boca. Pues el hombre no es más que un animal amarrado con la cadena de su imaginación. Algunos necesitan de un tronco de cinco quintales de peso para no escaparse de la cadena, mientras otros se quedan mansos teniendo por cadena sólo media onza de peso. La religion debe tener así el tronco de cinco quintales como la media onza para millones de imaginaciones."

El escritor que nos ocupa defendió el celibato de los clérigos cual medida política, y defendió á

Lutero como escritor en una carta en francés dirigida á Voltaire en que citaba hasta al Papa Leon X y á los emperadores Maximiliano y Carlos V, para tributar homenajes al gran alemán en que, sugen dijo Varillas, "se juntaba sutileza italiana á un cuerpo germano."

Hoy nos causa espanto ver á *Möser* defender una institución que existía todavía en su tiempo, la servidumbre, y no nos lo explicaremos sino porque había conocido en la historia de su patria que la servidumbre no era al principio una opresión violenta, sino un contrato voluntario entre los grandes propietarios y los hombres sin propiedad alguna, que debieron celebrar cuando de alguna manera adquirirían un hogar y un campo. Pero al defender la servidumbre el hijo de Osnabrück no quería más que oponerse á la rescisión violenta de aquella institución, pues eso hubiera sido una invalidación, así de las bases morales de la sociedad como del dominio y de la santidad de los contratos.

La segunda obra de *Möser*, sus *Fantasías patrióticas*, son una colección de artículos publicados desde 1768 en el *Semanario de Osnabrück*. *Fantasías* las llamaba la hija del autor, la señora de Voigts, que las dió á la estampa, y si algunos artículos pertenecen efectivamente al reino de la fantasía y de los sueños, nadie negará que todos merecen llamarse *patrióticos*. Buen alemán era el ilustre ciudadano de Osnabrück también al escribir en 1761 aquel artículo dramático en que Arlequin, el representante de lo burlesco y lo cómico, defendía su causa contra los que, como Gottsched, querían desterrarle.

*Möser* coronó su actividad literaria con la carta varonil relativa á la literatura alemana, que oponía á la epístola sinónima del gran Federico de Prusia en defensa de la obra de juventud de Goethe, *Goetz de Berlichingen*.

Gozará de perdurable fama, no tanto por la forma artística de sus escritos, ni por su credo político, como por su actividad en pro de acciones varoniles y por la estima en que tenía el derecho de la vida real.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 6 Febrero 1878.

# LA INSTRUCCION DE SORDO-MUDOS.\*

## IV

### CLASIFICACION DE SONIDOS Y DE LETRAS.

Oportunamente hemos indicado que los diferentes sonidos de la voz humana, considerada como medio de expresion de las ideas, son articulados é inarticulados. Unos y otros deben estudiarse además bajo el punto de vista de su material ortológico, bajo el de los elementos necesarios para darles carácter de fijeza y permanencia por medio de la representacion gráfica ó sea de la escritura, y finalmente, bajo el de los diversos órganos que han de ponerse en accion al producirlos.

Hemos dicho tambien que sonido articulado es aquel que, formado en la laringe, sufre una ó más modificaciones producidas por la disposicion y accion de los órganos externos del aparato vocal, pero especial y señaladamente bajo la influencia de la lengua, del paladar, de los dientes y de los labios.

Estas diversas modificaciones, aunque al parecer debieran ser posteriores á la formacion del sonido simple ó inarticulado, se producen sin embargo al mismo tiempo ó se hacen simultáneamente sensibles al oido de quien ha de apreciarlo, precediéndole unas veces y siguiéndole otras, y de aquí la necesidad de distinguir las con el nombre de *articulacion preventiva* en el primer caso y con el de *articulacion modificativa* en el segundo.

Llámanse además *sonidos directos* aquellos cuya pronunciacion se inicia con articulacion preventiva, é *inversos* todos aquellos cuya pronunciacion inicial corresponde á la voz inarticulada.

Ambas articulaciones, preventiva y modificativa, pueden ser una ó más de una en un mismo sonido y aún aparecer reunidas en él, y tambien los hay no sólo con una sino con dos y hasta con tres voces inarticuladas pronunciadas como si no existiera más que una sola, y de aquí que los sonidos del idioma español, considerados bajo el punto de vista de su material ortológico, se dividan y subdividan hasta constituir catorce agrupaciones diferentes, como puede verse en el siguiente cuadro de...

(1) Véanse los números 222 y 223.

### Clasificacion ortológica de los sonidos de que se compone el idioma español.

Clases.	EJEMPLOS.
1. <sup>a</sup>	a e i o u.
2. <sup>a</sup>	tú, tí, te, sí, no, dé.
3. <sup>a</sup>	doy, fui, ley, muy, rey, soy, dió, voy.
4. <sup>a</sup>	luz, más, mil, pan, pez, sal, sol.
5. <sup>a</sup>	cons, subs, pers.
6. <sup>a</sup>	bien, cien, diez, Dios, piel, Juan, miel.
7. <sup>a</sup>	guáis, güéis.
8. <sup>a</sup>	bra. clu, tra, pro.
9. <sup>a</sup>	trai, plei, fray, grey, prue.
10. <sup>a</sup>	Blas, flor, plan, tren, cruz.
11. <sup>a</sup>	trans.
12. <sup>a</sup>	bláis, bréis, tráis, pléis.
13. <sup>a</sup>	ir, os, es, al, un, haz, hez.
14. <sup>a</sup>	ins, abs, obs.

  

Los sonidos españoles se dividen en...	Sonidos puros ó inarticulados	Sencillos.....	Directos.....		
		Con diptongo.....			
		Con articulacion modificativa.....			
		Con id. id. doble.....			
		Con diptongo y articulacion.....			
		Con triptongo y articulacion.....			
		Sencillos.....		Sonidos articulados...	
		Con diptongo.....			
		Con articulacion modificativa.....			
		Con id. id. doble.....			
		Con diptongo y articulacion.....			
		Con triptongo y articulacion.....			
		Sencillos.....			Inversos.....
		Con diptongo.....			
Con articulacion modificativa.....					
Con id. id. doble.....					
Con diptongo y articulacion.....					
Con triptongo y articulacion.....					
Sencillos.....					
Con diptongo.....					

Esta clasificacion de sonidos, bien ó mal hecha, nos pertenece; es el resultado de nuestra larga práctica en la enseñanza; á ella hemos acudido para determinar no pocas veces el mérito absoluto y relativo de los métodos de lectura cuyo exámen nos ha sido encomendado cuando por razon de nuestro cargo debíamos intervenir en su aprobacion ó desaprobacion como libros de texto, y en ella hemos de inspirar tambien nuestras reflexiones cuando nos ocupemos del orden más conveniente para enseñar la pronunciacion y la lectura en voz á los sordo mudos.

Pero si el sonido, ya con ese nombre, ya con el de sílaba, es el elemento indivisible de la palabra hablada, no lo es ni puede serlo de la palabra escrita, en la cual la voz inarticulada se representa con un solo signo, y con otro diferente cada una de las diversas posiciones orgánicas que lo modifican.

Cada uno de esos signos es lo que llamamos una *letra* y damos el nombre de *alfabeto* ó de *abecedario* al conjunto de letras necesarias para representar todos los sonidos de que es susceptible un idioma determinado.

*Letra*, en latin *litera*, procede, segun Bonet, de *lego*, leer, y de *ixer*, camino, y por tanto significa «camino de leer ó para leer.» El mismo Juan Pablo Bonet la define llamándola señal ó imágen del elemento de la voz escrita; elemento indivisible de la voz; principio de voz clara y manifiesta, de voz significativa ó de voz escrita; y finalmente, parte menor de la voz articulada, parte menor indivisa de la voz y parte menor de la oracion. Segun Hernandez, las letras son los signos del sonido y de las actitudes orgánicas. Las treinta de que hoy se compone nuestro abecedario, nombradas por orden académico, son: *a. b. c. ch. d. e. f. g. h. i. j. k. l. ll. m. n. ñ. o. p. q. r. rr. s. t. u. v. w. x. y. z.* En realidad no debieran pasar de veinticinco teniendo en cuenta el número de sonidos que entre inarticulados representados por las vocales y modificados por articulacion preventiva simple se forman en nuestro idioma, pues la *h* sólo puede considerarse como signo ortográfico; la *c*, *q* y *k* pudieran reducirse á una sola; la *w* no es letra española ni hace falta sino en contados nombres extranjeros los unos y de procedencia visigoda, los otros, en cuyo caso se hallan *Walia*, *Liwa*, *Witerico*, *Receswinto* *Wamba* y *Witiza* espa-

ñolizados ya por el uso, segun el cual se pronuncian actualmente *Valia*, *Liuva*, *Viterico*, *Recesvinto*, *Vamba* y *Vitiza*, y finalmente, tambien pudiera suprimirse la *x* que como articulacion preventiva carece de aplicacion y ha sido reemplazada por la *j*, y como modificativa tiene en unos casos el valor de *cs.* y en otros el de *gs.* Bonet admite sólo ventitres letras y ventiuñ sonidos fundamentales entre inarticulados y articulados simple y preventivamente, por no existir en su opinion sino ventiuna posiciones orgánicas diferentes para formarlos, diciendo de la *h* y de la *j* comprendidas entre las ventitres que la primera carece de valor en la articulacion y la segunda tiene el mismo que la *x*. Las siete letras de que prescindé son: la *ch*, la *k*, la *ll*, la *ñ*, la *rr*, la *v* y la *w*, si bien manifiesta despues que la *h*, precedida de la *c*, tiene el valor que hoy damos á las sílabas *cha*, *che*, *chi*, *cho*, *chu*; explica la pronunciacion que corresponde á la *ñ*, y finalmente, aplica la *v* á la representacion de los sonidos *va*, *ve*, *vi*, *vo*, *vu*, que en su tiempo se escribian con *u* vocal, aunque con la pronunciacion correspondiente á la *b*.

Rechaza el abate Hervás tan sólo la *w* y por tanto admite veintinueve letras en nuestro abecedario, pero reduce el número de sonidos entre inarticulados y articulados simples directos á venticinco; cree que la *ll* debe pronunciarse como en latin y en italiano, esto es, separando las dos *l*es y agregando la primera á la vocal anterior y la segunda á la posterior; considera como inútiles la *h*, la *k*, la *q* y la *x*, y propone que las sílabas *que*, *qui*, *gue*, *gui*, se escriban *ce*, *ci*, *ge*, *gi*, con lo cual, dice, y nosotros así lo creemos, se simplificaría considerablemente la ortografía española sin que por eso ocurriesen dificultades en la lectura de lo escrito con sujecion á la vigente; agregando para terminar sus observaciones acerca de este punto, que los alfabetos de las naciones civilizadas son defectuosos, unos por exceso de letras como el nuestro, otros por defecto y otros por ambigüedad, al paso que los de las naciones atrasadas son, por el contrario, perfectísimos, pues no tienen ni más ni menos que las necesarias para la representacion de los sonidos de que se componen las palabras en sus respectivos idiomas.

Afirma Juan Pablo Bonet que nuestras letras proceden de las latinas á excepcion de la *k*, la *x*,

la *y* y la *z*, cuyo origen es griego; que los gramáticos antiguos dividieron las del idioma de Ciceron en vocales, y consonantes y que estas las subdividieron en mudas, líquidas y semi-vocales; pero rechaza esta subdivision por innecesaria, como rechaza tambien por opuesta á los progresos de la enseñanza la funesta costumbre de obligar á los discípulos á que aprendan los nombres de las consonantes y á deletrear las sílabas y las palabras, suprimida la cual, cree que en diez dias pueden los niños de sentidos expeditos vencer las dificultades de la lectura, deduciendo de aquí que con mayor razon deben proscribirse ambas costumbres para facilitarla á los sordo-mudos.

En su opinion las consonantes no deben tener otro nombre que el de la respiracion sonora á que sirven de signo, despues de suprimidas la vocal ó vocales que forman parte de sus nombres usuales. Reconocemos la ventaja de semejante procedimiento que consideramos lógico, racional y fundado; pero no creemos que revista iguales caracteres de acierto el pensamiento de enseñar aisladamente las consonantes, por la imposibilidad de pronunciarlas sin que se produzca algun sonido inarticulado más ó ménos tenue y claro, ántes bien opinamos con el abate Hervás, para quien el deletreo es no sólo bárbaro y pesado, sino completamente inútil y hasta perjudicial, que deben enseñarse unidas á las vocales en forma preventiva ó modificativa simple, ó sea apelando al llamado método silábico en toda su pureza tan pronto como los sordo-mudos conozcan el mecanismo orgánico y la articulacion correspondiente cada una.

Incapacitados estos desgraciados para apreciar los sonidos por el conducto ordinario y obligados á suplir el defecto de audicion mediante el uso de la vista y del tacto, la clasificacion de las consonantes bajo el punto de vista de las diversas posiciones y acciones del organismo productor de la palabra, es de absoluta necesidad si han de obtenerse resultados más ó ménos satisfactorios en la enseñanza de la pronunciacion artificial.

Varias son las que hemos examinado, todas divergentes, y entre ellas la del abate Hervás, la de Nebreda y la de Alverá, pues ni Bonet ni Hernandez se ocupan en hacerla por parecerles que pueden enseñarse al sordo-mudo siguiendo el orden mismo con que aparecen en el abeceda-

rio, habiéndonos decidido despues de maduras reflexiones por otra exclusivamente nuestra que, aunque conforme con aquellas en los principios generales, difiere, sin embargo, en algunas particularidades, pero especial y señaladamente en la subdivision de suaves, intermedias ó semi-suaves y fuertes, que hemos hecho de las letras de cada clase teniendo en cuenta la mayor ó menor violencia y velocidad con que al pronunciarlas ha de emitirse el aire, y en considerar como nasales la *n*, la *ñ* y la *y*, letras que Hervás clasifica como linguo-palatinas, aunque para Nebreda sólo lo sean las dos últimas, puesto que la *y* tiene, á su modo de ver, igual pronunciacion que la vocal del mismo nombre, afirmacion exacta si sólo se tratara del nombre de esta letra ó de los casos en que funciona con ese valor; pero no cuando tiene el propio y exclusivo que como á consonante le corresponde al servir de articulacion preventiva para formar con las vocales las sílabas *ya*, *ye*, *yi*, *yo*, *yu*.

En nuestra opinion, pues, y con el objeto de fijar con pleno conocimiento de causa las reglas de posicion y de accion á que ha de sujetarse la articulacion de las diferentes letras del abecedario español, facilitando además la comparacion, ora entre los diferentes grupos de letras, ora entre las letras de un mismo grupo, para que apercibiéndose los maestros, así de las semejanzas que contribuyen á la unidad de la reglamentacion como de las diferencias que las separan, puedan dirigir convenientemente á sus discípulos en la enseñanza de la pronunciacion, conviene que ajusten sus preceptos y sus ejercicios acerca de las consonantes al orden que se establece en el siguiente cuadro de...

Clasificacion físico-orgánica da las letras consonantes españolas.

NOMBRES DE LAS CLASES.	Suaves.	Semi-suaves ó Intermedias.	Fuertes.
Consonantes labiales.....	b.	m.	p.
Idem labi-dentales.....	v.	w.	f.
Idem linguo-dentales.....	d.	t.	z.
Idem linguo-palatinas.....	r. l.	s. ll.	ch rr
Idem guturales.....	g.	k.	j.
Idem nasales.....	y.	n.	ñ.

No figuran en el precedente cuadro, que comprende veintiuna de las veinticinco consonantes, la *c*, la *h*, la *q*, y la *x*; y se han omitido:

La *c*, porque como letra suave tiene una pronunciación igual á la de la *z*, y como fuerte igual á la de la *k*.

La *h*, porque su valor es puramente ortográfico y nulo en cuanto á la pronunciación.

La *q*, por las mismas razones que la *c* de sonido fuerte.

La *x*, porque, según hemos indicado anteriormente, como articulación preventiva ha sido reemplazada por la *j*, y como modificativa unas veces tiene la pronunciación de *cs* y otras la de *gs*, ésta entre dos vocales y aquella precediendo á una consonante, como puede observarse en la de las palabras *examen* y *exposición*.

Tampoco hemos incluido la *g* entre las guturales de sonido fuerte, porque su pronunciación en las sílabas *ge*, *gi*, únicas á que como fuerte se extiende, es exactamente igual á la de la *j*.

Finalmente, antes de dar por terminada esta materia, advertiremos que la *r*, colocada entre las lingüo-palatinas de sonido suave, es la que figura siempre como articulación modificativa, y como preventiva, tan sólo cuando no es inicial de palabra como sucede en *caridad*, *brazo*; pues siéndolo en dicciones simples como *rosa*, *relicario*, ó estando precedida de *l*, *n* ó *s* como en *malrotar*, *honra*, *israelita*, ó figurando al principio de la segunda en las dicciones compuestas como en *para-rayos*, *cari-redondo*, *pre-rogativa*, su pronunciación es fuerte é igual á la de la *rr* doble, á cuyos casos pudieran agregarse algunos otros cuya explicación detallada no es de este lugar, porque pertenece al dominio de la Ortografía.

## V

### REGLAS DE PRONUNCIACION DE LAS VOCALES.

Explicada en artículos anteriores la organización del aparato productor de la palabra, la formación de la voz, la clasificación ortológica de los sonidos que produce, la de los signos con que se representan, y finalmente la físico-orgánica ú orgánico-fonética de sus diversas articulaciones así preventivas como modificativas, vamos á discurrir en el presente sobre la manera de preparar primero y producir después el sonido ó el ruido representado por las mismas

letras, ó lo que es lo mismo, á determinar las reglas necesarias para enseñar la pronunciación.

Importa recordar ántes que el Dr. Hernandez da el nombre de *sonidos* á los que se significan por las cinco letras llamadas vocales y el de *ruidos indeterminados* á las respiraciones representadas por las consonantes que, aunque sonoras, son sin embargo incapaces de componer por sí solas una voz, y advertir que siguiendo sus indicaciones deberíamos explicar la preparación y producción de esos sonidos y de esos ruidos en el orden académico de las letras del abecedario, porque, según dice, los sordo-mudos han de hallar no escasas dificultades para descender de los sonidos á los ruidos indeterminados careciendo como carecen de oído, por lo cual no considera adaptable que la enseñanza comience por las vocales.

El defecto de audición alegado por Hernandez como fundamento de su creencia, nos obliga, sin embargo, á nosotros á pensar en sentido diametralmente opuesto. Si aquellos desgraciados pudieran apreciar los ruidos y los sonidos por la impresión que produjeran en el sentido auditivo, acaso fuera más lógico, racional y fundado ascender del ruido al sonido que descender del sonido al ruido; pero teniendo en cuenta que uno y otro han de apreciarse por la vista y por el tacto, que la materia ha de estudiarse ántes que la forma, que ésta sin aquella no existiría, que la materia es la voz y que la forma consiste en la diversidad de modulaciones y articulaciones preventivas ó modificativas por cuyo medio ha de tener distinta significación, y finalmente que dependiendo las modulaciones de ligeros cambios en la abertura de la boca ó de la separación de los labios, ó de la dirección, compresión é intensidad del aire espirado, circunstancias todas que pueden ser fácilmente apreciadas por la vista, y descansando las articulaciones en la diversidad de posición y movimientos de los labios, dientes y lengua, no siempre visibles al exterior, por lo cual exigen el concurso del sentido del tacto para hacerse claras y distintas, creemos y con nosotros la inmensa mayoría de cuantos maestros se han ocupado de la materia, que la preparación y producción de sonidos y de ruidos debe empezar por aquellos, con tanta más razón cuanto que éstos, si algún valor tienen en la expresión oral

del pensamiento, lo adquieren en tanto en cuanto se unen con aquellos para diversificarlos.

Entrando ya en materia advertiremos que la buena pronunciaci3n de las vocales, despues de formada la voz en la laringe, depende de la abertura bucal, de las diversas posiciones que se dan á los labios, de la situaci3n de la lengua dentro de la boca misma, de la direcci3n que se imprime al aire dentro de la cavidad bucal, y finalmente de la intensidad con que se le obliga á salir al exterior.

En 3rden á la primera circunstancia podemos representarnos la boca por un ángulo cuyo vértice esté en la garganta y cuyos lados vayan á parar al punto medio de ambos labios en su union interior con las respectivas mandíbulas. Disminuyendo el arco correspondiente á este ángulo ó trazando dentro de él y desde su mismo vértice otros cuatro ángulos de menor abertura, ó lo que es lo mismo, cinco arcos de igual radio, que sean entre sí como los números 5, 4, 3, 2, y 1, tendremos representada la abertura bucal necesaria para la pronunciaci3n sucesiva de las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u* en el 3rden en que las dejamos nombradas, de lo cual se infiere que la mayor abertura corresponde á la *a* y la menor á la *u*.

Los labios han de hallarse suficientemente abiertos para que el aire emitido no tropiece con ellos, como tampoco debe tropezar en los dientes al pronunciar la *a*; contraídos y casi pegados á los de sus respectivas mandíbulas para pronunciar la *e*, lo cual hace que se dilate su abertura en sentido horizontal y que el superior baje insensiblemente; su posici3n al pronunciar la *i*, debe parecerse á la que toman en la primera acci3n de la risa, y finalmente han de extenderse hácia fuera formando abertura en forma tubular, para la *o* y para la *u*, pero siendo mayor la dilataci3n labial y más pequeña la abertura circular en ésta que en aquella.

La lengua debe hallarse naturalmente extendida y sin llegar á los dientes para articular la *a*; encorvada hácia la raiz de los de la mandíbula inferior para la *e*; ligeramente arqueada y al nivel de los mismos para la *i*, y finalmente, contraída y arqueada en forma de canal, para la *o* y para la *u*, pero aumentando en este último caso así la contracci3n como el arco cóncavo que sirve para determinar la direcci3n del aire espirado.

El aire sonoro sale de la garganta al exterior

sin tocar dientes ni labios despues de reflejarse dentro de la cavidad bucal al articular la *a*; se dirige al paladar y de allí á los labios inferiores para salir por los lados de la boca al producirse la *e*; al paladar y de allí á la nariz por efecto sin duda de una contracci3n muscular interior para la pronunciaci3n de la *i*; sigue la direcci3n del canal formado por la lengua y tropieza en los dientes para la de la *o*, y finalmente sale comprimido por el mismo canal, pero sin tropezar con los dientes al producirse la *u*, de lo cual se infiere que la *a* puede considerarse como vocal gutural, la *e* como palatino-dental, la *i* como palatino-nasal, la *o* como labi-dental ó denticulabial, y finalmente, la *u* como simplemente labial.

Por último, la altura y la fuerza é intensidad del aire sonoro van de menor á mayor desde la *a* á la *u*, ó sea siguiendo el 3rden académico de las cinco vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, circunstancias que no han de olvidarse, así para dirigir con acierto y provecho la enseñaanza de la pronunciaci3n como para apreciar sus efectos por el sentido del tacto.

Sentados, pues, estos precedentes, podremos fijar las reglas de pronunciaci3n de las vocales en la forma siguiente:

*A*.—La pronunciaci3n de la *a* se verifica emitiendo con fuerza el sonido formado en la laringe, estando la boca bastante abierta y la lengua extendida en posici3n natural.

*E*.—Para pronunciar la *e* es necesario aspirar primero y emitir despues con violencia el aire sonoro por los lados de la boca cuyos labios deberán hallarse entreabiertos, contraídos, casi pegados á sus respectivas mandíbulas y dilatados hácia las comisuras ó puntos en que se unen el superior y el inferior.

*I*.—La *i* se pronuncia estando los dientes casi cerrados, la lengua extendida á la altura de los inferiores y los labios algo estirados hácia fuera como para dar principio á la risa, aunque dirigiendo parte del aire sonoro hácia la nariz por la cual sale algo de él.

*O*.—Extendidos los labios hácia fuera á fin de que tomen la forma tubular; con la lengua arqueada para determinar la direcci3n del aire sonoro que, al salir, ha de tropezar algo en los dientes inferiores, y emitiendo aquel aire con fuerza, se pronuncia esta letra.

*U*.—La *u* exige una posici3n labial semejante

á la de la *o*, pero formando un círculo más pequeño y un tubo bastante más prolongado por el cual sale el aire sonoro comprimido sin tocar para nada en los dientes, pues su direccion se marca por el mayor arco ó canal que la lengua forma en la cavidad bucal.

Para terminar las reglas á que se halla sujeta la pronunciaci3n de las vocales, réstanos hacer alguna observacion relacionada con los diptongos y triptongos que en otros idiomas constituyen verdaderas vocales simples de sonido intermedio comparadas con las cinco que tiene el idioma español.

Se entiende por diptongo entre nosotros la union de dos vocales ó sonidos inarticulados que han de pronunciarse en un solo tiempo y como si constituyeran un sólo sonido, aunque con la claridad y fuerza necesarias para que uno y otro se perciban con la distincion conveniente. Para lograr ese resultado es preciso dar á los 3rganos del aparato vocal la doble posicion que exigirian si las vocales que forman el diptongo hubieran de pronunciarse como sonidos diferentes, pero con rapidez, á fin de que se conozca que han de tener el valor de uno solo.

Iguales precauciones conviene adoptar para la pronunciaci3n de los triptongos que se componen de tres sonidos inarticulados representados por otras tantas vocales y que tambien han de hacerse en un solo tiempo.

No falta quien pretenda que la pronunciaci3n de los diptongos y triptongos debe enseñarse á los sordo-mudos inmediatamente despues de que sepan pronunciar las vocales, y por tanto con preferencia á la de las consonantes, empero nosotros consideramos poco conveniente esa práctica y creemos que aquellos han de aprenderla mejor cuando tengan al ménos conocimiento de la de sílabas correspondientes á las llamadas directas simples ó sea de la de sonidos directos simples y sencillos formados por una vocal preventivamente articulada.

PEDRO CABELLO Y MADURGA.

## PROTECCION Y LIBRE CAMBIO.

### I

El sistema protector es injusto, perjudicial é inconsecuente en sus afirmaciones.

Sabido es por todos que, por medio del comercio exterior, pueden las naciones procurarse lo que no producen ó no producen suficientemente en tan buenas condiciones como lo pueden obtener del extranjero. Bajo este punto de vista se encuentran las naciones en idéntica posicion que todo productor particular, al procurarse por medio del cambio lo que no puede ó no le conviene producir; y de ahí que todo lo que se dice en favor de la division del trabajo convenga al comercio exterior, y que todo lo que se diga contra este comercio sea aplicable igualmente á la division del trabajo.

Muchos escritores hablan aún hoy del comercio exterior como si la exportacion fuera su razon principal de ser, su objeto principal. M. Mill califica esa preocupacion *de dernier reste du systeme mercantile*, y encuentra huellas de él hasta en los escritos de Adam Smith. Decir que la exportacion es el objeto principal del comercio exterior, es como decir que la venta es el objeto del comerciante, la produccion el objeto del productor, el trabajo el objeto del obrero; si eso fuera así, se podria vender, producir y trabajar por cualquiera precio; si no es así, como no lo es en verdad, consiste en que vender, producir y trabajar son medios para procurarnos las cosas necesarias á la vida, y la dicha posible del presente y del porvenir. El comercio exterior no es, pues, otra cosa que un medio, respecto á la sociedad, para procurarle las cosas necesarias. Por consiguiente, si exporta, es con el objeto principal de adquirir las cosas que no puede, ó no le conviene producir, y si en ello no obtuviere ventaja, no lo haria, puesto que lo hace voluntariamente.

Bien que caiga en mayor descrédito cada dia el sistema protector, no se puede desconocer, sin embargo, que aún cuenta con poderosos defensores, lo cual viene á probarnos claramente, que las cuestiones económicas son mal comprendidas por el público, puesto que ese sistema es á la vez profundamente injusto y perjudicial: injusto, no sólo porque no tiene en cuenta el derecho natural del trabajador de usar de su propiedad dentro de los límites de la moral, sino porque quebranta evidentemente el principio de igualdad ante la ley, que es el que domina la legislacion de todos los pueblos civilizados. Además, colocando á determinados industriales en posiciones ventajosas res-

pecto á otros, provoca el menosprecio de las disposiciones que dicta, porque es imposible que el hombre respete prescripciones que lastiman sus intereses legítimos, por favorecer á otros que no son siempre legítimos, ó que, en todo caso, no lo son más, y que muchas veces son inícuos; hé ahí por qué el contrabando no ha sido considerado jamás por el público en general como un robo; y hé ahí por qué Beranger pone en boca de los contrabandistas las palabras siguientes:

*Le peuple á nous s'intéresse:  
it est de nos amis.*

La ley que perjudica á ciertos individuos y favorece á otros, se desmiente á sí misma, y nada gana en ello la moral pública. El sistema protector es pues injusto.

Es también perjudicial porque paraliza la potencia productiva de la sociedad y detiene por lo mismo el desarrollo de su riqueza.

Difícilmente se comprenderá por nadie que el comercio exterior pueda traer pérdida para la sociedad, proporcionando beneficios á los que le hacen, así como á los consumidores de los productos que importa; por el contrario, se comprenderá con facilidad que la sociedad pierda al privarse de los beneficios que reporta. Pero como todos los sistemas cuya fuerza reside únicamente en el hecho de su existencia y en el hábito de verlos existir, la proteccion no está obligada á probar sus afirmaciones; se la cree bajo su palabra, ya en el ataque, ya en la defensa, al paso que para defenderse de sus usurpaciones ó para atacarla es preciso probar hasta los axiomas de sentido comun; y si se lleva la razon, lo cual no es difícil, se incurrirá de hecho, segun sus defensores, en la nota de perturbadores del orden, así en los intereses como en las conciencias.

Todas las naciones modernas, sin escepcion alguna, dicen los proteccionistas, deben á la proteccion su actual prosperidad. ¡Extraña afirmación! ¡Hé ahí pueblos, podríamos decir nosotros, que se protegen ó han protegido, los unos contra los otros, los unos á cargo de los otros, y que todos han ganado á la vez! Se comprenden las luchas de los pueblos, de las cuales resultan vencedores y vencidos; se comprenden juegos en los que pierdan unos y ganen otros; á la proteccion sólo ha sido reservado el portento de vincular la victoria perennemente en todos los adversarios y las ganancias en todos los jugadores: pero no es eso, dicen algunos proteccionistas que se creen más habilitados, no; sabemos muy bien que lo que nuestro país gana con la proteccion, otros lo pierden: pero es preciso que esos otros países no lleguen á comprenderlo. Felizmente en todos se procuraba la misma reserva, porque en todos se pensaba, á ese

respecto, de igual modo; y decimos felizmente, porque si eso no pasara, la proteccion habria sido para los pueblos un motivo de discordia mucho más peligroso que todos los que ha suscitado, puesto que no puede negarse que haya sido la causa de infinitos conflictos internacionales. Conveniremos, sin embargo, en que tal sistema no reclama tanto el odio general como la comparacion, por la simplicidad que se la atribuye, y por el ridículo de que es hoy objeto. La verdad es que todos los pueblos han perdido y pierden cuando han jugado ó juegan á la proteccion; sólo la libertad hace que todos ganen.

«El unico caso, dice M. Mill, en el cual puedan admitirse los derechos protectores, segun los principios de la economía política, es aquel en que se establecen temporalmente, sobre todo en un pueblo nuevo que prospera, en la esperanza de naturalizar una industria extranjera que, por sí misma conviene á las condiciones en que se encuentra ese país; porque muchas veces la superioridad de un país sobre otro en una industria, es debida únicamente al haberla establecido primero; y puede suceder que no haya entre los dos ninguna ventaja, ni desventaja natural, sino solo una superioridad actual de habilidad y experiencia.» *Principe, lib. 5.º, cha. 10, Par. 1.º.*

No estamos de acuerdo con M. Mill á este respecto, porque creemos que, en todo caso, cuando una industria extranjera conviene á las condiciones en que se encuentra un país, se establece mejor y más pronto bajo el régimen de libertad comercial ó industrial, que bajo el de proteccion. Además, los pueblos, jóvenes ó viejos, que deseen apresurar la introduccion de una industria extranjera, tienen otros medios que no son la proteccion, como por ejemplo, la subvencion directa. Es lo mismo, se nos dirá. No tal, porque la subvencion conserva siempre su carácter de estímulo esencialmente excepcional y temporero, y no dá lugar á forjarse ilusiones respecto al principio á que obedece, ni respecto á los resultados.

A verdad decir, la subvencion directa no es más justa que la proteccion por medio de las aduanas; sin embargo, se pueden admitir algunos casos, en los cuales, con razon ó sin ella, se cree que conviene recurrir á ella. En cuanto á los derechos protectores, son siempre funestos, aun con la reserva de temporeros. Jamás creen los protegidos que deba tener fin la proteccion. En visperas de modificarse, ó de abolirse ese régimen, segun las previsiones mejor establecidas al parecer, se han formado, con frecuencia, establecimientos, contando con la eterna proteccion. Los Gobiernos son en gran parte responsables de semejantes extravíos, y los provocarían de nuevo, si resucitaran, bajo

un pretexto cualquiera, el régimen engañoso que les ha dado origen.

Además de injusto y perjudicial, como venimos demostrando, el sistema protector se contradice á sí mismo. Si todas las naciones deben su prosperidad sin excepcion alguna á la proteccion, ¿por qué no se quieren aplicar sus principios en todo país del N. contra el S., del E. contra el O., del Centro contra el N., el S., el E. y el O? ¿Por qué no, de provincia contra provincia, de municipio contra municipio, de pueblo contra pueblo, de individuo contra individuo? Hé ahí á lo que no contestarán nunca los proteccionistas. España y Portugal se han protegido la una contra la otra, y á eso deben su prosperidad relativa, segun la proteccion: pero si mañana, por cualquier accidente, formaran esos dos territorios una sola nacion. ¿continuaría la proteccion? No, dicen los proteccionistas. ¿Por qué? Porque ántes habrian perdido con el comercio libre: pero si se unieran, ya no seria lo mismo. La proteccion es pues un dogma, y es preciso creer en él, á pesar de lo que tiene de absurdo.

Digan cuanto convenga á sus propositos los proteccionistas, lo que no puede ponerse en duda es, que las naciones modernas deben la prosperidad relativa que gozan al haber sacudido el embotamiento de ánimo en que habian caido por el escurantismo de la Edad Media, con sus supersticiones, su inmoralidad, sus bárbaras pasiones, y su permanente agitacion: pero, la proteccion, lejos de haber contribuido en algo á favor de ese sacudimiento, no ha hecho sino contrariarlo, y contrariar por consiguiente el desarrollo de la riqueza pública, poniendo en juego sus instintos de enredo, de egoismo, y antiliberales.

Sin embargo, para el que tenga en cuenta, como debe tenerse, el estado actual de cosas, y los intereses creados por la proteccion durante algunos siglos, la cuestion aparece ya harto más complicada. El principio, á pesar de todo, es siempre el mismo, es invariable para nosotros: hay que pedir la libertad, hay que restaurarla cuanto primero mejor: pero la caridad, de la cual no queremos ni debemos prescindir en ningun caso, exige imperiosamente de nuestra parte el mayor respecto y consideracion en favor de aquellos á quienes la transicion puede hacer sufrir. Si no tuviéramos de frente sino á los promovedores del sistema, los que se han enriquecido á espensas del resto de la sociedad, podria, y hasta debería, esta mostrarse muy severa: pero tiene á su frente muchos industriales inocentes y muchísimos obreros más ignorantes aun, para quienes un cambio *ex abrupto* de régimen condenaria á la huelga involuntaria, cuyas dos clases de trabajadores merecen la más

esquisita solicitud de parte de la sociedad entera. ¿Ni para que convertir en adversarios de la libertad los que no deben serlo? Si se dijera á esos trabajadores: las condiciones en que se encuentra la industria, de la cual vivís, es el resultado de un error muy perjudicial á la sociedad, error que paraliza sus progresos y que viene perturbando la razon ¿qué contestarian á eso los trabajadores, cuyo desinterés es qué tan conocido, desinterés del cual son capaces muy pocos entre sus jefes? Quizá no habria uno que no respondiera: pues bien, que se cambie de sistema, con tal que no se lleve al exceso el sufrimiento de nuestras mujeres é hijos.

Apesar de todo, no hallamos motivo para llevar hasta la exageracion los males que produciria á la sociedad el cambio, aunque fuera inmediato, del sistema protector, por el de el libre cambio. Bastiat, apoyándose en excelentes razones, afirma: que semejantes males, bien que pasajeros, no pueden igualar jamás en extension ni intensidad á los que en el mismo espacio de tiempo resultarian de la proteccion, los cuales se renovarían sin cesar. La única diferencia entre esas dos clases de males, además de la que acabamos de indicar, esto es, que los unos son pasajeros, y permanentes los otros, consiste en que los primeros, como nuevos, hieren vivamente á la imaginacion, al paso que los segundos, como antiguos y permanentes, no se piensa ya ellos: pero es lo cierto que semejante ilusion la padecemos todos.

Además, no nos hallamos reducidos á discurrir sobre tan grave asunto, valiéndonos sólo de simples hipótesis: la esperiencia viene en nuestro auxilio desmintiendo siempre las desdichadas profecias de los adversarios de la libertad comercial, disipando al mismo tiempo la fantasmagoria de esas expresiones, tan comunes en ellos, *inundacion de productos extranjeros, tributo oneroso pagado al extranjero, ruina del trabajo nacional* y otras hiperboles de la misma hilaza.

Considerándolo como baluarte inexpugnable, dicen los proteccionistas: los países más adelantados en la industria dan el ejemplo del libre cambio, porque sus intereses les obligan á ello; esto es, por que van ganando más que los atrasados; este baluarte se destruye con facilidad por la sencillísima razon, perfectamente demostrada, que los países pobres son los que más ganan con la libertad comercial: pero, aunque así no fuera, ¿es de importancia esencial averiguar cuál gana más, el pobre ó el rico, sabiendo que todos ganan con el comercio internacional? Añadiremos por último á este respecto, que las ventajas de la libertad comercial, no se refieren necesariamente á la reciprocidad de las leyes de aduanas. Sin duda que seria mejor que la libertad fuera completa: pero,

aún sin serlo tiene ventajas, que han sido perfectamente demostradas por Bastiat. Lo que se hace libremente y siempre es necesariamente ventajoso, puesto que en otro caso no se haría.

No haremos á nuestros lectores la ofensa de refutar ese argumento desesperado de los proteccionistas, que consiste en decir: que, si se abrieran todas las fronteras del país sin reserva alguna al comercio extranjero, se vería bien pronto agotado y sin recursos, porque se paralizaría toda su industria. Despojado del grosero artificio con que se pretende ocultar el verdadero sentido, semejante argumento quiere decir, que los extranjeros llenarían el país con sus productos, sin tomarle nada en cambio; lo cual equivale á decir, que le proveerían de todo *gratis et amore*. Ningun pueblo ha sufrido hasta ahora tamaña desgracia, ni es de temer la sufra Dios mediante.

De cualquiera manera que sea, no debe olvidarse jamás, que los males que procedan de un cambio de régimen comercial, no pueden ser imputados á la libertad; tanto valdría decir, que el dolor que ocasiona un remedio enérgico al enfermo, procedía de la salud que esperaba recobrar. La responsabilidad de tales males es sólo imputable á la proteccion, es decir, á la enfermedad social que ese sistema falso en todos tiempos lleva siempre consigo. La sociedad desea producir lo más posible, porque de ello depende su mejor estar; hacerle producir una cosa á mayor costo que la producción de otras que podría dar en cambio por obtenerla, es privarla de una parte de sus fuerzas productivas, lo cual equivale á empobrecerla. Esto no puede negarse, tratándose de un individuo ni de cada miembro de la sociedad entera separadamente. ¿Cómo se podría negar de la sociedad en masa? Es muy claro que, si se obligara á un sombrerero á dar dos sombreros en vez de uno por una misma cosa, se le empobrecería; y es igualmente claro, que eso mismo pasaría á cualquiera otro industrial. ¿Cómo, repetiremos, puede suceder otra cosa á la sociedad tomada en masa? Hé ahí otro misterio que han reservado para sí sólo los proteccionistas. ¿Por qué no nos lo explican?

La proteccion hace que la riqueza cambie de mano y la disminuye; además produce consecuencias inmorales muy deplorables en todo caso. El libre-cambio produce los efectos contrarios, esto es, dá ocasion al aumento de la riqueza, del bienestar y de la moralidad.

Es muy proteccionista el hablar con fervoroso entusiasmo de la densidad de poblacion alrededor de ciertas industrias protegidas, y del mayor valor de las propiedades que de ahí resultan, ya sea en aquellos lugares, ya en las comarcas más ó menos próximas: pero se guardan para sí en silencio

sintemático, el desarrollo del mismo género que impiden en otras partes. Ese acrecentamiento de poblacion allí, ese mayor valor de la propiedad, dice muy ingeniosamente Bastiat, es lo que se vé; el acrecentamiento de poblacion, y el mayor valor de la propiedad, que la proteccion hace imposible en otras partes, no se vé ni puede verse; á lo cual añadiremos nosotros, pero sí calcularse.

Establezcamos por hipótesis, en una comarca cálida abandonada, un cultivo de especias, de café, de algodón, etc., cuya produccion nos saldrá más cara, por supuesto, que la adquisicion de esos artículos por medio del comercio extranjero; y, para entrar más de lleno en las miras proteccionistas, escojamos un sitio estéril hasta ahora, y no perdonemos ningun gasto para conseguir nuestro objeto, porque sólo se trata de *renumerar nuestro trabajo*, esto es, *el trabajo nacional*. Surgirá como por encanto una numerosa poblacion alrededor de nuestro establecimiento, y será preciso proporcionar habitacion, alimento, vestidos, y aun distracciones á los obreros que ocupemos y para sus familias; veremos que las tierras aumentan considerablemente de valor, y veremos que se desarrolla cuanto lisonjea al espíritu proteccionista: pero, ¿habrá ganado por eso la sociedad?

No; la sociedad habrá perdido; nada es más cierto ni más comprensible. Si es nuestro propio trabajo lo que vamos á remunerar, tambien es nuestro propio el capital que vamos á gastar, para lo cual habremos de retirarlo de otros trabajos, porque no lo tenemos en reserva para el uso de los proteccionistas; y estos trabajos antiguos no son ménos nacionales que los nuevos. Otro tanto podemos decir de los obreros que se ocupen, y de los pobladores que se agruparán á su inmediacion; como los capitales, esos obreros y pobladores cambiarán de lugar, y dejarán vacío el que ocupaban. Esa prosperidad, que seduce tanto á los afiliados en la proteccion, no es, pues, otra cosa que un cambio de mano y de lugar de los capitales y de los hombres; pero un cambio oneroso desde luego, porque no puede verificarse sin costo; y más tarde, porque para alimentar la poblacion nueva y densa será preciso meter á cultivo tierras abandonadas hasta entónces.

Y no es eso todo: la nueva produccion, que es nuestro objeto principal (y en esto ya se conviene desde luego), nos vá á costar mucho más que nos costaría su adquisicion por medio del comercio exterior; pero ¿qué importa? se nos dirá; nada, sino simplemente que en vez de un millon en jornales que nos costaría, por hipótesis, obtener esos artículos por medio del cambio, nos costarán en adelante tres ó cuatro millones. ¡Tanto mejor! dirán los proteccionistas, porque de ese modo au-

mentaremos en dos ó tres millones más los jornales nacionales. ¡Extraño error! No sólo no aumentaremos nuestro trabajo, sino que disminuirémos nuestra riqueza; además, aún aumentando el trabajo, perderíamos; si nuestra riqueza no disminuyese, no aumentase. Veamos lo que sucedería: el alza de los productos exóticos que vamos á producir, producirá las mismas consecuencias que el alza del trigo en tiempos de escasez; es decir, que disminuirá los medios de adquirir esos artículos; por consiguiente, si queremos consumir de ellos tanto como de ordinario consumíamos, será preciso que consumamos menos de otros artículos, ó al contrario. En todo caso, será preciso que en junto consumamos menos, y produzcamos menos, y el resultado será: tener menos trabajo y menos riqueza.

El trabajo protegido, no es, pues, sino un trabajo que se emplaza, con pérdida para la sociedad, el que producía aquellas cosas por medio de las cuales se compraban las producciones exóticas; y aún hay más, los productores de aquellas cosas no son necesariamente los mismos que van al nuevo establecimiento; por consiguiente, carecerán en parte por lo ménos de trabajo, y la proteccion será el origen de ese mal, el de sus sufrimientos; pues no todos se encuentran en condiciones de trasladarse, ni en las de desempeñar una ocupacion que no conocen. Se habla mucho de las transiciones dolorosas por el libre cambio: pero la proteccion las ha ocasionado de igual modo, sin poder apoyarse en la excusa del derecho comun ni en el progreso.

Aun cuando el sistema protector no fuera perjudicial, y sí útil, no por eso dejaría de constituir una iniquidad. La *utilidad* de algunos, de muchos, de todos ménos uno no debe servir de regla á la sociedad; lo contrario equivaldría á justificar el sacrificio de Efigemia, la Saint Barthelemy, el terror, y todos los crímenes que nos refiere la historia. Pero, ¿qué hemos de pensar de los que pretenden que el derecho sale de las manos de una mayoría? ¿No equivale eso á autorizar á las minorías, y á los individuos para que, á su vez, presenten igual pretension? ¿Y no es eso reducir la justicia, á no ser otra cosa que la apreciacion individual de todos los que la invocan? Aceptando semejante dogma, deberíamos suprimir todos los tribunales de justicia, más aún, declarándolos beneméritos y acreedores á indemnizacion, deberíamos hacer salir de las prisiones á todos los ladrones y asesinos, porque ninguno de ellos ha delinquido sino en virtud de un sentimiento de utilidad para ellos mismos, sin preocuparse de los sentimientos de los demás.

Se dirá quizá que no reconocemos el principio

de la mayoría; si tal, le reconocemos: pero no admitimos que sea aplicable á cuestiones de justicia.

Comprendemos perfectamente que se delibere en cuestiones de conveniencia, y sobre cuestiones de derecho cuando el derecho es dudoso: pero cuando éste es conocido, no se debe deliberar para decidir si se debe ó no violar; la deliberacion en este caso se convierte en una especie de conjuración. No se debe deliberar sobre si se debe ó no cometer una injusticia.

Jamás el sistema protector habria hallado en ninguna legislacion el puesto que en ellas ha ocupado y continúa ocupando, como por asalto, si entre los legisladores no se hubieran encontrado muchos industriales y privilegiados que eran ó se creían interesados en su existencia. Lo cierto es que donde quiera que haya predominado ó predominado aún, siempre se ha mostrado ó muestra esencialmente adherido al espíritu de privilegio, de monopolio, sin piedad alguna por los intereses legítimos que viola impúnemente.

En los párrafos elocuentes de M. Mill, que vamos á reproducir, se establece que el sistema protector es enemigo encarnizado de la civilizacion bajo todas sus formas.

Independientemente de las ventajas directas que proporciona (los beneficios de los comerciantes y de los consumidores) el comercio exterior, dice M. Mill, produce efectos indirectos que se deben contar como ventajas considerables. Una de ellas es la tendencia, siempre que se estienden los mercados á perfeccionar los procedimientos de produccion. Un país que produce para otros mercados además del interior, puede introducir en su fabricacion mayor division de trabajo, emplear más máquinas, y probablemente inventar y perfeccionar sus procedimientos. Cualquiera causa que haga producir más, en un mismo lugar de un artículo dado, tiende á aumentar el poder productivo universal. Hay otra consideracion que se aplica en particular á toda industria que comienza: un pueblo puede hallarse en estado de reposo é indolencia sin cultura, con sus gustos poco desarrollados ó satisfechos, y que no emplee por lo mismo todas sus fuerzas productivas (supone Mill que ese pueblo no comercia con el extranjero, y continúa), al empezar á comerciar con el extranjero, al familiarizarse con nuevos objetos, ó proporcionarse los medios de adquirir fácilmente los que no creía poderse procurar, se produce una especie de revolucion industrial en él, cuyos recursos no se desplegaban por falta de energía y de ambicion en las masas. Los que se contentaban con poco, y trabajaban poco, trabajan ya más para satisfacer sus nuevos gustos, y aún econo

mizan, para acumular un capital á fin de satisfacer mejor esos nuevos gustos en el porvenir.

Pero las ventajas económicas de ese comercio, apesar de ser tantos, no son ni con mucho, de tanta importancia, como los efectos morales é intelectuales que produce. Es muy difícil calcular con exageracion, tratándose de un pueblo atrasado, las ventajas que obtiene de ponerse en contacto con otros; cuyos hábitos de pensar y de proceder se hallan más adelantados. El comercio es en nuestra época lo que era en otros tiempos la guerra la ocasion principal de ese contacto. Los aventureros comerciales de los países civilizados han sido en general los primeros civilizadores de los bárbaros; y el comercio es el objeto del mayor número de comunicaciones entre los habitantes de los países civilizados: estas comunicaciones han sido en todos tiempos, y sobre todo en los presentes, uno de los principales motores del progreso. Para nosotros, que, hemos sido educados, como se educaba hasta ahora, apenas es cultivable una buena cualidad sin incurrir en alguna falta, y es indispensable comparar incesantemente nuestras ideas y costumbres con la experiencia y el ejemplo de hombres colocados en diversa posicion. No hay nacion que no tenga necesidad de aprender algo de las otras, no solo en artes, y prácticas particulares, sino en calidades de carácter que no posee en tan alto grado. El comercio, en fin, ha sido el primero que ha enseñado á las naciones á ver sin envidia la riqueza y prosperidad de las demás: en otros tiempos el que se tenia por verdadero patriota, á no ser que fuera bastante ilustrado para conocer que el mundo entero era su patria, deseaba que todo país, ménos el suyo, fuera débil, pobre y mal gobernado; hoy, por el contrario, ve en su riqueza y en sus progresos una fuente de riqueza y de progreso para su país.

El comercio considera la idea de guerra como idea anticuada, porque fortifica y multiplica los intereses personales, que son por su naturaleza enemigos de la guerra; así que puede decirse, sin exagerar, que la extension y el acrecentamiento indefinidos del comercio internacional, es la mayor garantía de la paz, del progreso continuo de las ideas, de las instituciones y de la moralidad. *Principes, livre 3.º, ch. 17, § 5.º*

X...

(Concluirá.)

## UN DRAMA EN EL DESIERTO. \*

### CAPÍTULO XIX.

El desierto.—Criaderos de oro.—Un buen sitio.—Proyectos.—Un deseo de Miss Debora.—Costumbres de los viajeros.—Al santo por la peana.—Expedicion nocturna.—En acecho.—Dos rugidos.—Será el eco.—Gran concierto.—Peligros.—Un león.—Dos leones.—Combate singular.—Muerte del vencedor.—Regreso.

El sol se escondía en el occidente entre rojizas nubes, y la caravana se detenía en el último con fin de la Regencia en los umbrales mismos del gran desierto cuyas revueltas olas de arena, semejantes á las de un mar tempestuoso convertido en piedra por la mágica varilla de algun encantador teñían de púrpura los últimos rayos del astro del día.

La caravana se habia puesto en marcha en cuanto los viajeros volvieron con Mister Cugnigan, y antes de cerrar la noche habia llegado á aquel sitio donde un pozo rodeado de palmeras, helechos y arbustos espinosos, y el suelo, hollado por todas partes, indicaba que era un lugar de descanso para las caravanas que se disponian á entrar en el desierto ó que salian de él.

Era, por decirlo así, puerto para los que viajaban por aquel mar de arena.

El gran desierto de Sahara puede considerarse como una region particular.

Es una meseta poco elevada sobre el nivel del mar, cubierta de arena movable, sembrada de colinas pedregosas y de valles donde el agua reunida hace brotar de la arena algunos árboles.

Es un inmenso mar de arena, que como el mar de agua tiene sus costas, sus escollos, sus tempestades, sus piratas y sus islas, que contrastan por su verdura con la aridez de los terrenos que las rodean.

El desierto, tan sublime como el mar y mucho más terrible que él, ocupa una superficie de 500.000 leguas cuadradas, es decir, mucho más que la de toda Europa.

Conforme los viajeros habian ido avanzando hácia la orilla del desierto, el terreno cambi6 poco á poco de aspecto.

Las fértiles vegas que antes habian atravesado, trocáronse en pedregosas y estériles llanuras, donde á duras penas crecian raquíuticos arbustos.

Mientras los moros establecian el campamento en torno del pozo, decía el maltés á sus huéspedes:

—Esta noche no empezaremos aun á trabajar;

\* Véanse los números 202, 203, 204, 205, 207, 210, 211, 212, 216, 217, 220, 221, 222 y 223.

porque los camellos vienen cansados, de suerte que tendremos que permanecer aquí lo menos dos días.

—¿Tan cerca están los sitios donde se cria el oro?—preguntó Miss Débora.

—En estos sitios se suele encontrar en abundancia, pero muy bien puede suceder que tengamos que irlo á buscar más léjos.

—Me choca,—observó Gomez,—que se encuentren entre las arenas esos criaderos que yo creía se hallaban solo en los rios.

—El oro,—contestó el maltés, que por dedicarse á este comercio estaba bien enterado,—se encuentra ora en las rocas cuarzosas que encierran otros minerales y están situadas casi siempre en terrenos primitivos, ora en las arenas de aluvion procedentes de la desgregacion de estas rocas.

—De suerte,—preguntó Gomez,—que el oro que el rio Darro arrastra en sus arenas, procede de algunas rocas situadas más arriba de Granada y que estarán llenas de oro.

—Así debe ser, y estas arenas que se llaman *aluviones auríferos*, son las fuentes de donde se saca hoy la mayor parte del oro que Siberia, California y Australia mandan á Europa.

—Decidme una cosa,—exclamó Miss Débora,—puesto que esas arenas auríferas son arrastradas por el agua, ¿cómo es que se encuentran en el desierto donde ni señal de rios hay?

—Me haceis una pregunta á la cual no sé contestaros satisfactoriamente. Lo único que podré deciros, es que el oro nativo se presenta en cubos diversamente variados, y que cuando se le precipita por un procedimiento químico, se presenta bajo la forma de un polvo oscuro y pálido, que es como lo encontramos en el desierto. Quién sabe ahora las complicadas operaciones químicas y las infinitas cosas que habrán sucedido para llenar de oro en polvo estos inmensos arenales.

—¿Es mucho el producto que sacais de estos criaderos?—preguntó Meneses.

—Muy escaso: pues no basta á cubrir el consumo que se hace en el país; y sin embargo, muchos pueblos como Kebilli viven sólo de esta industria.

—De suerte que lo que sacamos en limpio es que tendremos que permanecer aquí dos dias por lo menos,—exclamó Gomez.

—Eso calculando que encontremos pronto un criadero,—añadió Meneses.

—¿Acaso os disgusta este sitio?—preguntó Miss Débora.

—Me parece encantador,—se apresuró á decir Meneses.

—Por mi parte, no le encuentro ni el menor encanto,—replicó Gomez.

—¿Sois cazador?

—Me precio de ello, señorita.

—Entonces, ¿cómo os desagrada este sitio?

—Es que me parece imposible. que pueda vivir aquí un sólo animal.

—Estais en un error,—observó el maltés,—aquí encontrareis, por el contrario, mucha más caza que en las tierras del interior.

—En ese caso, me retracto de lo dicho.

—Y mañana,—añadió Miss Débora,—puesto que hemos de permanecer aquí todo el dia, iremos á cazar.

—Cuidado con los leones,—dijo Meneses.

—Y con las panteras,—añadió el maltés.

—No son tan fieros como los pintan,—replicó Miss Débora con aire fanfarron;—además, iremos todos juntos, y malo será que no les demos una leccion.

—Y tú, papá,—añadió volviéndose hácia mister Cugnigan,—¿vendrás con nosotros?

—Sí,—respondió lacónicamente el interpelado.

—Lo veis señores,—prosiguió riendo la linda jóven;—mi padre sabe que deseo adornar mi cuarto con una hermosa piel de leon y quiere conquistar una; vosotros que sois galantes no debeis mostraros menos corteses y valientes.

—Os aseguro, que en cuanto llegeis á Tunez tendreis en vuestro cuarto la piel del más hermoso leon que pasee por el desierto,—contestó Meneses en el mismo tono.

Gomez iba tambien á decir algo, pero en aquel instante entró el cocinero en la tienda llevando entre las manos una humeante sopera, y los europeos, á los cuales la jornada habia abierto el apetito, rodearon la mesa y no se ocuparon más que de restaurar sus perdidas fuerzas.

Despues de comer, Miss Débora se retiró al departamento que en la tienda le estaba reservado, dejando á su padre, al maltés y á los dos españoles sentados delante de la mesa fumando y bebiendo á su gusto.

Generalmente Mister Cugnigan no sabia irse á acostar sin haber vaciado antes un tarro de ginebra en cuya operacion le ayudaban concienzudamente el maltés por gusto y Meneses por captarse de esta suerte las simpatías de su deseado suegro.

En cuanto á Gomez, se levantaba de la mesa cuando Miss Débora se retiraba y no era ni gran bebedor ni fumador acérrimo.

Mister Cugnigan, segun su costumbre, no hablabá ninguna palabra ni antes, ni durante, ni despues de la comida; pero cuando veía que al poner la ginebra en la mesa se levantaba Gomez, lo miraba con cierto aire despreciativo y una sonrisa irónica vagaba por sus lábios.

Meneses habia observado esto, y por eso creía

obrar con mucha habilidad haciendo compañía al inglés y achispándose con él todas las noches.

También es verdad que Meneses no sabía que la linda hija de la Gran Bretaña había cojido un día por el brazo á su amigo Gomez y le había dicho con una vocecita dulce é insinuante:

—¿Verdad que es una cosa muy fea embriagarse despues de comer?

Gomez iba á contestar que era asqueroso, pero al acordarse de que Mister Cugnigan lo hacia diariamente con pasmosa regularidad, se limitó á responder tartamudeando:

—Yo os diré... en efecto, hasta cierto punto...

—¿Qué es eso!—exclamó Miss Débora clavando en él sus hermosos ojos.—¿Acaso también os gusta la bebida?

—¡Dios me libre de semejante vicio!

—Ya caigo; no os atreveis á decir vuestra opinion por respeto á mi padre; pero no importa, lo que hace es feo aun cuando sea hijo de una costumbre que puede llamarse nacional.

Confieso francamente que vuestro amigo ha merecido mucho mis ojos desde que veo su intemperancia. Despues de esta conversacion, Gomez, que por política se hubiera quedado algunas veces acompañando á los bebedores, no tenia ya reparo en abandonarlos, seguro de que si perdía en la consideracion del padre, ganaba en la de la hija, que era á la única á quien pretendia agradar.

Aquella noche, como de costumbre, se retiró de la mesa; pero en vez de acostarse como solia hacerlo, cojió su escopeta, cargó cuidadosamente con bala sus dos cañones, y salió del campamento sin ser visto por nadie.

Como los deseos, los caprichos de Miss Débora eran órdenes imperiosas para el enamorado jóven, éste se habia propuesto conquistar aquella noche una hermosa piel de leon para ofrecérsela al siguiente día antes que Meneses tuviera tiempo de cumplir su pomposa promesa.

Todas las historias de leones que contaban los moros y el maltés, la aventura de la noche anterior y el deseo de complacer á su amada, bullian en el cerebro del jóven hasta el punto de que aquella noche le hubiera sido imposible conciliar el sueño sin ver cumplida su ardiente aspiracion.

Gomez sabia que el rey del desierto escoje de preferencia la frescura de la noche para entregarse á la caza ó para hacer sus viajes.

Todos decian que estaban en un sitio muy frecuentado por los leones, y hasta le habian indicado una charca donde solian ir á beber.

Conforme con estas noticias, el jóven resolvió pasar la noche al lado de la charca esperando que su buena estrella llevaria por allí algun leon sediento

Junto á la charca, que tenia poca extension, se sentó Gomez al lado de un espeso espinoso que le cubria la espalda, poniéndolo por aquel lado á cubierto de todo ataque, y esperó en silencio.

Durante el día, habia soplado algun viento, que cayó al ponerse el sol; reinando ahora una calma y un silencio sepulcral.

Hacia dos horas que Gomez estaba sentado junto al espinoso sin atreverse á hacer el menor movimiento, cuando oyó á lo lejos, en direccion al desierto, un poderoso ruido, al cual respondió otro en direccion opuesta.

Gomez deseaba que viniera un leon á beber en la charca, y un génio benéfico le enviaba dos.

Sin embargo, al pronto estuvo tan léjos de alegrarse al ver tan bien cumplidos sus deseos, que se levantó vivamente y dió dos ó tres pasos para retirarse al campamento.

Pero Gomez habia nacido cazador y la aficion pudo más en él que el temor á la muerte.

Tuvo miedo durante algunos segundos, pero también sintió que su corazón se llenaba de júbilo al escuchar á una milla de distancia sonar y repetirse la voz sonora el grito amenazador, magestuoso, imponente del poderoso rey de los animales.

Como nadie nos engaña con más facilidad que nosotros mismos, Gomez, para calmar su miedo se dijo:

—¡Bah! no pueden ser dos leones; será el eco, —y volviéndose á su puesto se sentó de nuevo, montó la escopeta y se puso á escuchar.

De tiempo en tiempo oíase por intervalos iguales la voz del leon modulada de varias maneras.

Unas veces era un gemido sordo y profundo, repetido cinco ó seis veces, terminado por suspiros, ahogados otras, la voz estallaba potente como el trueno, y se repetia cuatro ó cinco veces, redoblando sin cesar y aumentando su intensidad; despues bajaba poco á poco hasta concluir furiosos, por rugidos semejantes al retumbar del trueno que se acaba.

Gomez era muy aficionado á la música pero aquel concierto empezaba á inquietarle.

Aquel magnífico duo tenia frases bellísimas que aún no ha podido trasladar al papel la pluma de ningun maestro; pero Gomez que lo oía á la orilla del desierto, emboscado á veinte pasos del abrevadero de los leones, comprendia, sin que ya pudiera hacerse ilusion, que tendria que habérselas con dos feroces adversarios, y esta idea quitaba todo el encanto á la música leonina.

Creyendo al principio que el eco repetía los ruidos del leon, no trató de abandonar aquel lugar peligroso, y cuando se convenció de su error, cuando vió que los ruidos no se repetian fielmente, sino que se modulaban de varios modos, que era una

conversacion entablada á través de la llanura por dos amigos ó dos rivales, ya no era tiempo de huir.

El tratar de alejarse de la charca era más peligroso que permanecer escondido donde estaba.

En el primer caso corria el riesgo de ser visto y aun atacado por el leon, sin que pudiera ponerse en defensa, al paso que en el segundo podia ver á su enemigo sin ser visto y aun mandarle una bala que hiciera ménos peligroso su primer empuje.

Apenas habia resuelto permanecer en su puesto, oyó que el agua se agitaba en la charca y fijándose atentamente pudo descubrir, sumergida en las tinieblas, la sombría silueta de un leon.

El rey de las selvas parecia inquieto, habia presentido, esperaba quizá, á un enemigo y no bebia con sosiego,

Siguiendo la costumbre de sus congéneres, se habia acostado al lado de la charca, en la cual sumergia de cuando en cuando su formidable boca produciendo al beber un ruido particular.

Sus ojos brillaban en la oscuridad como carbones encendidos y continuaba ruiendo por intervalos.

Aprovechando la postura del leon, que le ofrecia todo el costado, Gomez fijó una rodilla en tierra y se preparaba á tirar despues de haber apuntado con cuidado, cuando el leon saltó sobre sus patas lanzando un furioso rujido.

Frente á él al otro lado de la estrecha charca habia otro leon, cuya cola describia en el aire rapidas curvas al azotar sus flancos.

Las dos fieras, que sin duda tenian algun resentimiento particular y antiguo, se miraron atenta y silenciosamente durante algunos segundos.

Despues uno de ellos, el último que habia llegado, empezó á costear la charca, deteniéndose á diez pasos de su rival.

Colocados así los dos leones, distaban apenas seis varas de Gomez, que comprendiendo que allí iba á pasar algo terrible, retiró su escopeta, resolviéndose á ser testigo de aquel nocturno duelo en el que no pensaba intervenir hasta el último trance.

En efecto, no tuvo mucho que esperar; los leones rugieron alternativamente como para darse sus quejas ó arreglar las condiciones del combate, y despues se precipitaron uno sobre otro con potente empuje.

Entonces empezó una lucha terrible que duró corto tiempo, y cuyos detalles no pudo apreciar el cazador á causa de la oscuridad.

Veia solo una mole inmensa, porque los dos leones, estrechamente ligados, formaban un solo grupo, agitarse, revolverse, caer, alzarse para caer de nuevo, rodar por la llanura en todos sentidos, lanzando rugidos de furor, y haciendo crugir los

matorrales que partian y aplastaban con su peso.

Aquella lucha terrible duró solo cinco minutos.

Uno de los leones se levantó, suspiró lánguidamente, rugió y se alejó paso á paso, dejando á su rival tendido en el suelo.

Un relámpago, seguido de una detonacion, detuvo á la fiera en su camino obligándola á dar un salto.

Gomez acababa de disparar su escopeta, mutilándole la paletilla.

El leon lanzó entonces un sonoro rugido, y descubriendo al nuevo adversario, orgulloso con su reciente triunfo, furioso al sentirse herido, se lanzó sobre el cazador, salvando en dos saltos la distancia que los separaba.

Pero en tan críticos momentos el jóven, sin perder la serenidad, se desliza detrás del espeso espino á cuyo lado habia estado toda la noche, y se dispone á tirar de nuevo.

Entonces el leon, comprendiendo que su enemigo se guarecia detrás del matorral, quiso dar la vuelta para desalojarlo de allí; pero al ejecutar esta operacion presentó el costado al cazador, el cual, aprovechando esta oportunidad, le envió su segunda bala por detrás del brazuelo derecho.

El leon dió un saltó y cayó.

Gomez cargó apresuradamente su escopeta, pero ya no hacia falta; el leon se volvió sobre sus espaldas, estiró su cuello y sus patas, y despues se colocó en su primera actitud.

Su mandíbula inferior cayó, dejando paso á un torrente de sangre negra, se agitó por última vez, y al fin permaneció inmóvil.

Habia muerto; la segunda bala de Gomez le habia atravesado el corazon.

Libre ya de enemigos Gomez, sacó su cuchillo de monte y empezó á desollar los dos leones, en cuya operacion empleó gran parte de la noche, regresando al campamento cerca ya del amanecer, rendido de sueño, y agobiado bajo el peso de un voluminoso bulto que traia sobre sus espaldas.

A escepcion de los centinelas, ninguno lo vió entrar en la tienda.

Meneses, Mister Cugnigan y el maltés no se habian tomado el trabajo de retirarse á sus lechos, y dormian pacíficamente junto á la mesa cubierta de botellas vacias.

## CAPÍTULO XX.

El despertar de Miss Débora.—El bulto misterioso.—*Improper*.—Castidad inglesa.—Sospechas.—Curiosidad.—Una carta.—Tolerancia del amor.—El regalo.—Escursion por el desierto.—Un nido de avestruz.—Decepcion de Meneses.—La caza mercantil.—Diferentes modos de cazar al avestruz.—*Much el Sahara*.—Vida y aventuras de la rata de Faraon.

Ya el sol bañaba con sus ardientes rayos la estensa llanura, cuando Miss Débora, despertando,

estiró coquetamente sus blancos y torneados brazos y saltó de su cama para ocuparse de su tocado matinal.

Aunque la joven dormía vestida cuando tenía que pasar la noche en el campo, el departamento que ocupaba en la tienda estaba herméticamente cerrado, sin dejar ningún resquicio por donde pudiera deslizarse una mirada indiscreta, de suerte que podía estar entre aquellas cuatro paredes de lienzo con tanto descuido como en el santuario de su virginal alcoba.

Ya había destrenzado sus luengos y rubios cabellos que caían en desorden sobre sus torneados hombros cubriendo su pecho más blanco que la nieve que cubre en invierno las cimas de Sierra Nevada, cuando lanzó un pequeño grito y lleno el rostro de encendido carmin corrió al extremo opuesto de la tienda cubriéndose apresuradamente con un manton.

Casualmente se habían fijado sus hermosos ojos en un envoltorio que estaba junto al tabique de lona que separaba su habitación de la que ocupaban los hombres.

Aquel bulto informe, voluminoso, manchado en algunos sitios de sangre, tenía un aspecto siniestro, aterrador.

Había más; para introducirlo allí, una mano criminal se había permitido levantar algunas de las estacas que sujetaban la parte inferior del tabique, y esto era un ataque inconcebible, un atentado contra el pudor, una violación de domicilio que nada justificaba, y que Miss Débora en su calidad de mujer y de mujer inglesa, no podía tolerar.

Ella, cuyos castos oídos se ofendían al solo nombre de algunas prendas de uso interior é indispensable, no podría ya dormir sin inconveniencia en un sitio profanado de aquella suerte.

Que la mirada de un hombre hubiera penetrado allí durante su sueño, ya era *shoking*, por más que estando á oscuras era de suponer que por penetrante que fuera el rayo visual no habría adelantado mucho camino; pero que hubieran entrado una mano y un lio, pasaba ya de los límites de lo *improper*.

Miss Débora, que no quería lios en su cuarto, se decidió á gritar, llamando en su auxilio á su padre para que castigara al autor de aquel atentado.

No sabía á ciencia cierta quién era el culpable, pero de su corazón brotó á sus labios un nombre.

Aquel nombre era el de Meneses.

Miss Débora comprendía que su padre no era el que había empujado hasta allí aquel repugnante envoltorio, y conocía demasiado el tímido respeto con que la trataba Gomez para creerle capaz de semejante infamia.

Así descartados Mister Cugnigan y Gomez, restaban sólo el maltés y Meneses.

Pero el primero tenía cincuenta años; el invierno de la vida había empezado á cubrir de escarcha su cabeza, y era todo un hombre formal.

Meneses, por el contrario, era joven, amaba á Miss Débora, y ella lo sabía bien, porque esto jamás lo ignoran las mujeres, y además le era antipático.

Estas reflexiones cruzaron por la mente de la inglesa con la rapidez que el telégrafo trasmite los despachos de uno á otro emisferio atravesando los mares; así fué, que aun antes de recobrase del susto, había formulado ya su acusación contra el comisionista y resuelto delatarlo.

Reparó apresuradamente el encantador desorden de su traje; corrió á la cortina de comunicación, y sus afilados dedos quitaban ya las correas con que se cerraba interiormente, cuando la curiosidad, ese defecto peculiar de los niños y de las mujeres, le hizo cambiar de idea, dando tréguas á su enojo.

Pensó que antes de quejarse á su padre debía ver lo que contenía aquel paquete; esto sin perjuicio de presentar la queja una vez satisfecha su justa curiosidad.

Apartóse, pues, de la puerta, y levantando algun tanto sus faldas, empujó el envoltorio con la punta del pié, haciéndolo rodar, no sin trabajo, hasta el centro de la tienda.

En seguida tomó sus precauciones para que nadie pudiera verlo que hacía, y se acercó al bulto.

Era éste bastante voluminoso y pesado; estaba cubierto de lona, manchada de sangre en muchos sitios, y atado con dos gruesos cordones de seda parecidos á los que usan los moros para ceñirse sus gumias.

Doblado en cuatro y sujeto por los cordones, había un papel en el cual no había reparado aún.

Cojiólo, y desdoblándolo leyó:

"Señorita:

"Anoche deseásteis una piel de león; y ansiando complaceros, salí á buscarla. Como siempre que se busca una cosa con fe suele encontrarse, mi buena estrella, en vez de una, me deparó dos pieles, que son las que me permito ofreceros, en la esperanza de que las aceptareis, perdonando mi atrevimiento."

La carta estaba escrita en francés; la firmaba Enrique Gomez, y su lectura cambió radicalmente el curso de las ideas de Miss Débora.

A pesar de la rijidez con que los ingleses miran cuanto se roza con las conveniencias, tal es el imperio que el amor ejerce en los corazones femeninos, que lo que pocos momentos antes calificaba de acción infame, le parecía ahora caballerosa y delicada.

Es verdad que el rapazuelo de la venda es uno de los ópticos más hábiles que pueden existir y que, cual nadie, posee el arte de acortar las distancias y embellecer las perspectivas.

Deponiendo Miss Débora su enojo, corrió al envoltorio, desató los cordones que lo sujetaban y extendió en el suelo las dos magníficas pieles de los leones que la noche ántes habia ido á buscar Gomez.

Después de haberlas examinado con atención, admirando sus dimensiones y calculando el amor que el jóven debía sentir por ella á medida de los riesgos á que se exponía por satisfacer sus caprichos; recogió las pieles y prosiguió su tocado, que aquella vez concluyó sin que ningun suceso extraordinario viniera á interrumpirlo.

La primera persona que vió fué á Gomez que la esperaba frente á la puerta desde que los primeros rayos del sol asomaron en el horizonte.

Al ver al jóven que la miraba con timidez como si temiera haberla desagradado, la linda inglesa bajó los ojos, mientras que un vivo encarnado cubria sus mejillas, invadiendo su tersa frente.

Aquella emocion, que no pasó desapercibida para Gomez, inundó de alegría su corazón, halagando al propio tiempo su amor propio.

Lograr que la inglesa, tan fria, tan dueña de sí misma, se conmoviera, era un gran triunfo, del cual se sentia orgulloso.

Parecíale que Miss Débora, hasta entonces insensible, se animaba para él sólo.

Los dos se estrecharon las manos sin cambiar una sola palabra, sin mirarse siquiera; pero aquél silencioso saludo era más elocuente que el más estudiado discurso.

Después de almorzar los viajeros montaron á caballo, y acompañados solo de Ali, salieron del campamento con objeto de dar un paseo por el desierto.

El calor era sofocante; los rayos del sol caian á plomo sobre sus cabezas, sin que el más leve soplo de la brisa viniera á templar su inalterable ardor.

Apenas se hubieron internado un poco en aquella interminable llanura de arena, el sentimiento de lo grande, á cuyo influjo no pueden escapar ni las almas más prosáicas, se apoderó de los viajeros.

Las conversaciones cesaron poco á poco y las canciones con que Ali amenizaba la jornada, espiraron en sus lábios.

Apenas se oía el pisar de los caballos en la movediza arena, ni un solo pájaro cruzaba el despejado cielo, limpio de nubes, y la vista se extendía sin trabas por una llanura inmensa, cortada por pequeñas colinas que el simoun asolador habia formado.

Al llegar á la cima de una de ellas detuviéronse los viajeros.

Habian llegado al término del paseo, y antes de regresar al campamento querian contemplar aun en todo su esplendor el imponente panorama que á su vista se desarrollaba; querian ver el desierto en toda su majestad.

—¿Qué os parece esto?—preguntó Gomez en voz baja, acercándose á Miss Débora.

—Sublime; pero lo que más me impone es el silencio sepulcral que reina en estas llanuras.

Por todas partes, en el mar, en los bosques, en los campos, de dia, de noche, á todas horas se perciben ciertos murmullos, ciertos rumores vagos y armónicos que revelan la vida; pero aquí todo es silencio y hasta cuando oigo el eco de mi voz me parece extraño.

—Es que en el mar, en los bosques, en los desiertos campos, de dia, de noche infinitos seres pueblan las aguas, las tierras, los aires se agitan, vuelan nadan, pululan, se hablan, y el murmullo de las olas ó el susurrar de la brisa entre los árboles ó las plantas mezclado con su voz, forma ese rumor armonioso que tan grato es al oido.

¿Pero aquí qué quereis que suene? Nada vive; esto es un inmenso cementerio.

—Teneis razon, aquí no puede haber un sér viviente.

—¡Varios!—exclamó Mister Gugnigan mezclándose en la conversacion y metiendo en su funda los gemelos de viaje con los que hacia algun tiempo examinaba atentamente el horizonte.

—¿Qué quereis decir?—preguntó Meneses poniéndose densamente pálido.—¿Habrá por aquí otros seres humanos?

—Hombres, no; animales,—respondió lacónicamente el inglés: y picando á su caballo se alejó á galope, seguido por sus compañeros, que no obtuvieron de él más explicaciones.

Algunos minutos después se detuvo, y echando pié á tierra, descolgó su carabina del arzon de la silla, y fué á emboscarse detrás de un montecillo de arena.

Miss Débora, Gomez, Meneses y el maltés lo siguieron imitando todos sus movimientos, aun que sin saber de lo que se trataba; y al asomar con precaucion la cabeza por cima del montecillo, vieron lo que habia llamado la atención de Mister Gugnigan.

A un tiro de fusil del lugar donde estaban escondidos, se destacaba, sobre la tinta uniforme del desierto, la silueta de un ave extraordinaria.

Tenia un tamaño enorme, un cuello largo y delgado que sostenia una cabeza muy chica, armada de un pico ancho y corto.

Su color era negro con manchas blancas, y sus

alas, que parecían demasiado cortas, se agitaban incesantemente cubriendo sus patas, sobre las cuales estaba echado, mientras que su cabeza giraba en todos sentidos como si el animal se sintiera acometido por una gran inquietud.

—Es un avestruz,—exclamó el maltés á media voz.

Mister Cugnigan no dijo nada, pero armó su carabina.

Sin duda, el animal, que habia presentado ya la llegada de los viajeros, debió percibir el ruido que hizo la batería de la carabina, porque levantándose rápidamente se alejó corriendo con gran velocidad, y se puso fuera de tiro antes que el inglés tuviera tiempo de disparar.

—¡*God dem!*—murmuró Mister Cugnigan dejando caer con violencia el arma cuya culata se hundió en la arena.

—¡Qué lástima!—exclamó Miss Débora,—un momento más y hago una bonita cosecha de plumas.

—¿Qué haría en ese sitio?—preguntó Meneses.

—Tal vez empollando sus huevos;—respondió el maltés.

—Yo creí que dejaban al sol ese cuidado,—observó Miss Débora.

—Así es, en efecto, pero los cubren por la noche para preservarlos del frío, y no los abandonan hasta que ya está bien adelantado el día.

—¿De suerte—preguntó Gomez,—que quedán donos aquí emboscados lograríamos matarlo, cuando esta noche volviera á cubrir su nido?

—Quizá,—contestó el maltés,—pero sería muy difícil, porque los avestruces no se dejan aproximar fácilmente; ya os podreis convencer vos mismo de lo que digo cuando les demos una batida, que no tardará mucho pues, aún cuando el objeto principal de la caravana es buscar oro en polvo, jamás se retira del desierto sin haber hecho antes amplia provision de huevos, plumas de avestruz y pieles de leones y panteras.

—En ese caso,—exclamó Meneses,—me propongo matar el primer leon que se presente y regalaros la piel.

—Os lo agradeceré mucho,—replicó sonriendo Miss Débora;—pero si es por satisfacer el capricho que demostré, no teneis por qué apresuraros, pues ya está cumplido.

—¿Cómo?

—Nuestro amigo Gomez mató anoche dos leones, cuyas pieles tengo guardadas.

Meneses se mordió los labios hasta hacerse sangre, y dirigió á su rival una mirada donde rebotaban el odio y la envidia.

—*Veri-good!*—murmuró Mister Cugnigan tendiendo la mano al jóven.

—Decidme,—preguntó Miss Débora, que viendo la confusion de Meneses tuvo lástima de él y quiso cambiar el curso de la conversacion,—¿daremos una batidas á las bestias feroces?

—No,—replicó el maltés;—eso sería muy largo, muy aventurado y muy peligroso.

En este momento, los moros que han quedado en el campamento deben estar ocupados en cavar trampas, parecidas á la que tan funesta estuvo á punto de ser para vuestro señor padre.

—¡Oh! ¡yés!—dijo entre dientes mister Cugnigan, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Mañana,—prosiguió el maltés,—encontraremos en ellas algunas fieras, que podremos matar sin riesgo de ningun género.

—Eso es un asesinato infame,—esclamó Miss Débora haciendo un gesto de disgusto.

—Pero es lo más cómodo y lo que dá mejores resultados; de otra suerte, no se matarian tantos animales y las pieles se venderian mucho más caras.

—¿Y á los avestruces, tambien los cazan con trampa?—preguntó Gomez.

—A esos hay dos maneras de cazarlos, segun el número de cazadores que haya.

Cuando estos son numerosos, como nos sucede á nosotros, montan todos á caballo y empiezan á explorar el desierto hasta que se encuentra una partida de avestruces; entónces se desplegan en guerrilla y se lanzan á escape sobre los animales que casi siempre, movidos por la curiosidad, se detienen un poco para contemplar á los ginetes.

Viéndose perseguidos, se dispersan y huyen, pero los cazadores que van en las alas, cuidan de arrojarlos hácia el centro y mantenerlos siempre agrupados, para que sus compañeros aprovechen mejor las balas que sin cesar disparan.

—Hé aquí una cacería que ha de gustarme,—exclamó miss Débora cuyos ojos brillaron de entusiasmo.

—Es divertida y provechosa, porque si los caballos y los tiradores son buenos no debe escapar un solo avestruz.

El segundo método es muy ingenioso y lo usan bastante los árabes del desierto cuando no tienen caballo ó son en corto número.

Uno de ellos se viste con la piel de uno de esos pájaros, cuyos movimientos imita perfectamente y se lanza á la llanura acercándose poco á poco á sus víctimas hasta que se ponen á tiro; pero este sistema dá pocos resultados.

Ahora,—añadió el maltés,—como se vá haciendo tarde y los caballos necesitan estar descansados, se me figura que haríamos bien en recojer los huevos de ese nido y volvernos al campamento.

—Lo mismo dá volver á buscarlos mañana

puesto que por aquí hay avestruces,—observó Gomez.

—Es que además de tener los huevos muchos golosos, es un hecho probado que el avestruz destruirá su nido.

—¡Par diez!—exclamó interrumpiéndose el maltés;—no lo decia yo; allí están los piratas del desierto aprovechándose de la ausencia del avestruz.

Los cazadores miraban hácia donde señalaba el maltés, y vieron que cautelosamente se acercaban al nido dos animales no mayores que un gato montés, aunque más largos.

Entonces sonó una detonacion, á la que siguió inmediatamente otra y los dos animales desconocidos rodaron por la arena.

Mister Cugnigan y Gomez eran los que habian hecho fuego.

Inmediatamente corrieron todos hácia el sitio donde habian caido las piezas, y el maltés que conocia perfectamente, exclamó:

—No lo habia dicho: aquí tenemos dos, *much* el *sahara*.

—¿Qué es eso?—preguntó Gomez.

—Es el nombre árabe que equivale á gato del desierto.

—¡Ah!—exclamó Miss Débora,—este es el famoso gato de Faraon del que cuentan Estrabon, Diodoro y Plinio, que ataca al cocodrilo cuando lo encuentra dormido, introduciéndose por la boca y despedazando las entrañas del gigantesco reptil.

—No conozco á esos señores que me acabais de citar, pero desde luego puedo aseguraros que no han visto ni uno solo de estos animales.

—Cuidado con lo que decís; notad que son unos sábios, y que este animal cuyo nombre es *ichneumon*, fué ya conocido de los antiguos egipcios que le atribuian un carácter sagrado y le tributaban un culto supersticioso.

Durante su vida lo consideraban tanto como á los gatos sagrados, y como ellos tenian asignada una pension para subvenir á los gastos de su mesa en la cual jamás faltaban, ni huevos, ni sopas de leche, ni pescados del Nilo.

Castigábase con terribles penas la muerte violenta dada á cualquiera de los individuos de esta familia, y cuando naturalmente llegaban á morir, se les rendian honores fúnebres como si fueran miembros de la casa real.

—Será otro animal,—contestó el maltés á quien desconcertaban el aplomo y la erudicion de la jóven.

—No, no me equivoco, ved aquí todas las señales que distinguen al *Viverra ichneumon* de Lineo, á la mangusta comun; este animal es el mismo que describe Cuvier, que por cierto hace tambien

mencion del modo que tienen de matar á los cocodrilos.

—Tened presente,—observó Gomez sonriendo,—que Cuvier es el príncipe de los naturalistas modernos.

—Puede ser que todos esos naturalistas tengan razon; por mi parte jamás he visto ni oido decir semejante cosa.

Sé, por haber cazado muchos, que habita las orillas de los rios, aun cuando hace largas espediciones lejos de su morada para buscar huevos de avestruz, perdices, gallinas y otros animales por el estilo.

Respecto á los cocodrilos, busca y come con avidez sus huevos, y aun ataca á los cocodrilos pequeños que no pueden entrar en el agua ó resistir á los esfuerzos del gato del desierto, que como podeis notar tiene la boca demasiado chica para asegurar presas de gran tamaño.

—Está bien, pero hace calor,—interrumpió Mister Cugnigan, y echándose la escopeta al hombro cogió una de las mangustas, y cargando con ella se alejó hácia donde habian dejado los caballos.

Viendo esto el maltés, cogió el segundo animal, y siguió diciendo á los dos jóvenes que marchaban á su lado:

—Esto es lo que sé del gato del desierto; pero, sin embargo, no me estrañaría que lo que cuentan de él los sábios que acabáis de citar fuera cierto.

Basta ver su expresiva fisonomía y sus ojos ardientes y vivos para comprender la gran astucia de que está dotado y su valor impetuoso.

Igualmente ataca al perro que al gato, al cocodrilo pequeño que al buitre.

Hasta la misma víbora no está segura de sus dientes, y eso que el gato del desierto sabe muy bien á lo que se espone al luchar con su terrible enemigo, y toma con gran cuidado sus precauciones, que consisten en meterse en el agua, revolcándose despues en fango, hasta cubrir su cuerpo con una espesa coraza de lodo que los ponga á cubierto de las peligrosas mordeduras del reptil.

Así armado el gato del desierto, marcha al combate; y aun cuando casi siempre logra la victoria, muchas veces sale herido por el ponzoñoso diente de la víbora.

En este caso, corre inmediatamente en busca de una yerba que los beduinos conocen con el mismo nombre que al gato, y con ella neutraliza los efectos del veneno.

Apenas hubo acabado de hablar el maltés, cuando llegaron al lugar donde habian dejado los caballos custodiados por Alí y por Meneses, que no habian querido tomarse el trabajo de ir hasta el nido de los avestruces.

El maltés y Alí acomodaron sobre los caballos

del mejor modo que pudieron los huevos recogidos del nido, que ascendían á 27, y las dos mangustas; despues de lo cual montaron todos, volviendo brigadas hácia el campamento.

A la cabeza marchaba Mister Cugnigan; seguían detrás el maltés, Miss Débora y Gomez, y cerraban la retaguardia Meneses y Ali, que estaban empeñados en una larga conversacion.

JOSE ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

## MISCELÁNEA.

La Sociedad de acuarelistas, que sólo cuenta tres años de vida, va haciendo notables progresos. La exposicion pública anual que acaba de abrirse aventaja en mucho á la anterior, así por el número como por la calidad de las obras. Figuran entre estas dos acuarelas del Sr. Pradilla, una de ellas, especialmente La Maja, que es una joya artística; dos del Sr. Ferran, particularmente La Vendedora de Flores, notable por la gallardía de la figura; El Anticuario, de D. Bernardo Rico, una de las más notables de la Exposicion, por la frescura del color y por el conjunto; un Estudio de Costumbres de Tánger, del Sr. Pellicer, y varias de los Señores Perea, Mosquera, Cebrian y otros que no recordamos.

La Junta directiva encargada de organizar y activar los medios necesarios para perpetuar la memoria del malogrado é insigne pintor Eduardo Rosales, y que la componen: Presidente, Excelentísimo Sr. Duque de Bailén.—Vicepresidente, Ilustrísimo Sr. D. José de Cárdenas.—Contador, Sr. D. Mariano Milego.—Tesorero, Excmo. Sr. D. Abelardo de Cárlos.—Vocales, Excmo Sr. D. José Echegaray.—Excmo. Sr. D. Manuel María de Santana.—Excmo Sr. D. Ignacio José Escobar.—Ilmo. Sr. D. Federico Balart.—Sr. Don Manuel Dominguez.—Sr. D. Emilio Ayuso.—Señor D. Juan Sanmartin.—Sr. D. Francisco Pradilla.—Sr. D. Gabino Stuyk.—Sr. D. Calisto Toledo.—Secretario, Sr. D. Francisco Echagüe Nogueira, ha tomado el acuerdo de abrir listas de suscripcion interesando á los amantes á las bellas artes en la realizacion de tan patriótico pensamiento, para llevar á término feliz una idea que ennoblece á las bellas artes y á cuantos presten us cooperacion con su desinteresado concurso.

\*\*\*

En el teatro de Apolo se ha estrenado una comedia en dos actos, titulada *Los dedos huéspedes*, arreglo del *Vaudeville* francés, en tres actos, *Les trois épiciers*, estrenado en París hace veinte años en el teatro del Palais Royal.

El arreglo, hecho por el Sr. Anguita, conserva toda la *vis* cómica del original y fué muy bien recibido por el público que llenaba el teatro; se aplaudió mucho y sin cesar, y aunque el asunto es algo subido de color, el Sr. Anguita ha sabido vestirlo con alguna castidad. Hallándose ausente el autor, no pudo presentarse en escena á recibir el aplauso general del público.

En la ejecucion se distinguieron notablemente los Sres. Donato Jimenez y Ricardo Guerra, y las Srtas. Calderon y Fernandez, contribuyendo los demás actores al buen éxito de la obra.

Hoy sábado se estrenará en el mismo teatro una comedia en tres actos, titulada: *Penas del purgatorio*, original de dos aplaudidos autores. En nuestro próximo número nos ocuparemos de ella.

\*\*\*

La Sra. Trafford, que debutó en esta semana en el teatro de la Comedia con la ópera de Donizzetti *Don Pasquale*, fué bien acogida por el público que la aplaudió en diferentes ocasiones.

En *El barbero de Sevilla*, puesto en escena el miércoles último, obtuvieron aplausos las señoritas Ferni y Grassi, y los Sres. Fiorini y Morelli; el tenor Sr. Sabatini que, segun anunció, cantaba sin pretensiones, fué bien recibido, y la orquesta, dirigida por el Sr. Perez, contribuyó al buen éxito de esta obra.

\*\*\*

La compañía Arderius ha vuelto á poner en escena en la actual semana la aplaudida zarzuela de espectáculo *La vuelta al mundo*, la cual siempre lleva una numerosa concurrencia al favorecido teatro del Príncipe Alfonso.

En la próxima semana tendrá lugar el estreno de la revista europea, de grande espectáculo en tres actos, divididos en 14 cuadros, original de dos aplaudidos autores, música del popular maestro Barbieri, titulada *El diablo cojuelo*, la que será presentada con extraordinario lujo, para lo que se está construyendo un numeroso vestuario y atrezzo y seis decoraciones, entre las que descuellan las que representan el Prado en las fiestas reales del casamiento de S. M., adornado con la gran iluminacion de gas que lució en aquellos dias, y la del palacio de la Exposicion de París; estrenándose además en el final del primer acto un gran baile, nominado *Turcos y rusos*, composicion del director Sr. Rossi.

\*\*\*

La presentación del artista Sr. Charles Grant lleva al Circo de Price una numerosa concurrencia. Los trabajos que ejecuta en los tres trapecios y en el trampolín son verdaderamente notables, obteniendo en todos ellos muchos y muy merecidos aplausos.

Continúan también siendo objeto de la admiración del público los hermanos Mariano, por sus difíciles y violentas posiciones en la barra fija y en las anillas; la familia Chiessi, y demás principales artistas.

El aplaudido clown Tony Grice, desempeña con general aplauso su papel, haciendo olvidar á los concurrentes las fuertes emociones que les proporcionan tan arriesgados ejercicios.

M. Parish puede decir que está de enhorabuena, pues con tales artistas, y los nuevos que tiene contratados y presentará en breve, tendrá, á no dudarlo, grandes entradas.

Hoy se inaugurarán las funciones de la temporada de verano en los jardines del Buen-Retiro.

Una de las primeras obras nuevas que se estrenarán, es un apéndice original de dos aplaudidos escritores, y que se titula *La feria*.

Dada la actividad y los sacrificios hechos por la empresa, no dudamos que aquel ameno paraje proporcionará á sus favorecedores agradables ratos durante las noches del estío.

Madrid, sábado 8 de Junio de 1878.

## BIBLIOGRAFIA.

OBRAS DE LEIBNITZ. *Tomo II. NUEVO ENSAYO SOBRE EL ENTENDIMIENTO HUMANO.*—Libro I y II.—Un tomo en 4.º de 324 páginas, edición esmerada.—Madrid 1878.—Casa editorial de Medina, Amnistía, 12. Estas obras se publican por suscripción al precio de 20 rs. cada tomo, y continúa abierta todavía; pero según la lista de suscritores que publica al final de los tomos, no tardará mucho en quedar agotada la edición limitada que se hace de estas importantes obras.

*El drama de la vida*, poema, por D. Manuel Henao y Muñoz.

Acaba de ver la luz pública el *Prólogo* de esta obra, para cuya lectura no ha tenido por conveniente la Junta de gobierno del Ateneo de Madrid conceder al autor una velada literaria, y que una vez terminada se pondrá á la venta, al precio de cuatro pesetas en Madrid y cinco en provincias.

*Recuerdos de la guerra civil*, por el comandante D. Eugenio de la Iglesia.—*Apuntes sobre el levantamiento del sitio de Bilbao en 1874.*—*La defensa de Cuenca.*—*Una excursión por el ejército del Centro.* Un vol. en 8.º prolongado, de más de 200 páginas.—Madrid, 1873.

La nueva obra que con dicho título se acaba de publicar, acredita una vez más la ilustración y laboriosidad del Sr. La Iglesia.

Se halla de venta en las administraciones de los periódicos militares, y en casa del autor, Serrano, 26, tercero.

*Cartilla ilustrada de la viticultura, y el arte de elaborar y tralar debidamente los vinos*, por don Antonio Castell de Pons. Obra escrita para instrucción de los alumnos de escuelas elementales, de capataces y cosecheros que por profesión ó amor al arte agrícola se dedican á la explotación de viñedos; seguida de un cuadro sinóptico muy útil á los fabricantes de aguardientes y comerciantes de espíritus, por medio del cual, sin necesidad de operaciones ni cálculos se obtiene el verdadero título ó peso alcohólico de los líquidos espirituosos. Un volumen en 8.º, de 160 páginas.—Barcelona, 1873.—Imp. de la Renaixensa.

*La union y el gobierno nacional*, bases generales de reforma electoral por Valerio Cervera.—Un folleto en 8.º de 48 páginas.—Madrid 1878.—Se halla de venta en las principales librerías y en casa del autor (Meson de Paredes, 54) al precio de 2 reales.

*El centenario de Voltaire.*—Cartas dirigidas á los Sres. Concejales de París por Monseñor Dupauloup.—Primera serie.—Un folleto en 8.º de 56 páginas.—Barcelona 1878.—Espasa hermanos, editores.—Véndese en las principales librerías al precio de 2 reales.

*Certamen con que celebró el Círculo literario de Vich el primer aniversario de la inauguración del ferro-carril.*—Un tomo en 4.º mayor de 170 páginas.—Vich, 1877.—Este libro contiene, además de los discursos del Presidente y Memorias de los Secretarios del Círculo y del Jurado, las obras premiadas, entre las cuales figuran algun trabajo sobre agricultura y varias poesías en castellano y catalán.